

OCTAVIO  
P  
Z



OCTAVIO PAZ  
DOSSIER II

Octavio Paz  
Dossier II

EDICIONES DEL SUR



Ilustración de la portada, dibujo de Vasco.

Editado y publicado por Ediciones del Sur. Córdoba. Argentina.  
Abril de 2004.

Distribución gratuita.

Visítenos y disfrute de más libros gratuitos en:  
<http://www.edicionesdelsur.com>

---

## ÍNDICE

ARTÍCULOS .....	7
«Ya lo sabes: eres hueco y búsqueda» .....	8
Octavio Paz y los partidos .....	12
Octavio Paz sobre liberalismo y romanticismo .....	17
El consejero .....	21
Para qué sirve la poesía: El concepto de poesía en Octavio Paz .....	25
El perfil intelectual de Octavio Paz .....	30
Entre la poesía, la vida y la muerte de Octavio Paz .....	37
El laberinto vital de Octavio Paz .....	48
Octavio Paz, un mexicano con visión universal .....	53
Octavio Paz: «Sonreír es aprender a ser libres» .....	63
ENTREVISTAS .....	67
Resolver lo económico y lo político para arribar al siglo XXI con más seguridad .....	68
El periodismo es literatura a alta velocidad .....	75
México ha pasado momentos peores; se impondrá la voluntad de ser .....	81

Toledo, artista de extrema modernidad y de extrema antigüedad .....	84
Usen el adjetivo o etiqueta que quieran, pero no «conservador» .....	89
Palabras como semillas .....	94
ÍNDICE DE PINTURAS .....	109
ÍNDICE VOLUMEN I .....	110
ÍNDICE VOLUMEN III .....	115



Artículos

---

«YA LO SABES: ERES HUECO Y BÚSQUEDA»

por Marco Levario Turcott\*

EL MARTES de la semana pasada Octavio Paz cumplió 84 años; eso me inspira. Escribo acerca de él disfrutando su esfuerzo intelectual y su poesía, leyendo su búsqueda que es la de todos y honrando su pensamiento, que es también el nuestro.

Disfrutando, dije. Y en efecto, es así porque el itinerario del poeta condensa la persecución más sistemática del ser humano, el placer de la imaginación, la verdadera, ésa nacida después de la crítica, que como él ha dicho sin descanso «no es una fuga de la realidad sino un enfrentarse a ella».

Las ideas son el resultado del ejercicio intelectual del hombre y aunque precisas —siempre en un relativo caso, porque ayer pudieron parecer razonables y hoy abominables— llegan a ser huecas si la pasión no las motiva. A eso le llamamos inspiración. La inspiración es el conducto del pensamiento, porque la razón no existe sino como búsqueda.

\*Marco Levario Turcott es subdirector de etcétera.

Fuente: etcetera.com.mx 1998



Mencioné las palabras imaginación, crítica y pasión. Ninguna le es prescindible al pensamiento; Octavio Paz condensa esa tríada fundamental: el hombre que indaga siempre, inconforme con las certezas cuya utilidad sólo tienen sentido si son cuestionadas para desvanecerlas o moldearlas con el fin de proyectar el futuro deseable y posible. La pasión intelectual de Paz está motivada por la duda, la imaginación ha sido su instrumento para buscar y la crítica su espejo, en su doble vertiente: como crítica y autocrítica. Por eso aducía que la palabra promete y compromete; también libera. Dicha o escrita es siempre el resultado de la moral y la sapiencia, de la lectura y el diálogo.

Torrente de sugerencias, evocaciones, invocaciones, juicios y prejuicios, su obra es interminable, en el sentido en que él fijó sus derroteros, ofreciendo un testimonio de búsqueda intelectual, no un sistema de pensamiento. Hueco y búsqueda, la de *él* y la *nuestra*, de aquellos que se rebelan frente al momento de opacidad intelectual y moral que vive el mundo y se atreven a mirar apostando a los hombres. Ésta es una de las preocupaciones que más le obsesionan, por eso Octavio Paz ha enfatizado que hace falta una nueva filosofía política para cambiar las atrocidades del libre mercado. Así lo dijo hace poco:

«Ante el panorama contemporáneo siento la misma insatisfacción que experimenté en mi juventud, ante el mundo moderno. Creo como antes, que debemos cambiarlo aunque ya no tenga ni fuerzas ni edad para intentarlo. Tampoco sé cómo podría hacerlo. Nadie lo sabe.»

Esa orfandad, sin embargo, ha sido la principal riqueza en la historia del pensamiento; también el escollo más importante. Hace todavía muy poco algunos creyeron haber encontrado una finalidad a la historia; cuan-

do el muro de la utopía fue derrumbado, otros más tarde decretaron su fin.

Los primeros pudieron cristalizar sus pretensiones, dieron forma a un experimento pavoroso en el oriente del planeta y le llamaron socialismo real. Estaban sintetizando a la sazón el malogrado intento europeo del siglo pasado de orientar la vida de los hombres mediante formas que cercenaron el espíritu y la razón. Siendo la revolución hija de la crítica, la ausencia de ésta terminó por matar a la revolución.

Los segundos vieron el fin de la historia en el desvanecimiento de los sueños totalizadores; sintieron encontrar un atajo a las complicaciones del hombre en sociedad, reflejaron un estado de ánimo revestido de elaboraciones analíticas: el hastío de esta nuestra búsqueda milenaria.

No sabemos adónde vamos y, en consecuencia, tampoco cómo iremos. De esta manera lo dijo el poeta: «La historia es el dominio de lo imprevisible. Todo depende de la cordura y la sabiduría moral de los contendientes... y de la fortuna. Esta última es el coeficiente inconmensurable de toda operación histórica».

Así, la orfandad intelectual ha ido poniendo diques a las aspiraciones, modulando excesos y despertando nuevas expectativas. La historia es la concatenación de fines multiformes, nacionales, y en esa compleja interacción universal se han ido abriendo paso incólumes valores; uno de ellos es la democracia. Es posible que la modernidad llegue a honrar sus más altos principios. Pero todo a condición de que los hombres sigan su búsqueda. Aunque la travesía sea irresoluble, es la que emprenden aquellos convencidos de que este nuestro tiempo, como Paz ha dicho, no es irreverente sino indiferente y se muestran insatisfechos frente a la pasividad y la conformidad

que conviven con el individuo más despiadado y el individualismo más obtuso. He aquí la motivación intelectual: vivimos sólo un momento difícil pero que puede ser remontado. La condición es tomar en cuenta esas otras tres palabras dichas, como el piso fundamental de nuestras elucubraciones: universalidad, modernidad y democracia.

La globalidad no lesiona de por sí a las identidades nacionales, expresa la modernidad que ahora tiene sentido si concatena a los hombres para construir un civilizado encuentro en el marco del libre mercado y el intercambio de las culturas, entre otros rejuegos de la dinámica mundial. La democracia es también inherente a la aspiración modernizadora y el juicio fundamental para que una nación sea sólida en este nuevo contexto de fin de siglo.

Ahora, no nos queda sino la desnudez o la mentira, dijo alguna vez el poeta, «no se levantan ya nuevos o viejos sistemas intelectuales, capaces de albergar nuestra angustia y tranquilizar nuestro desconcierto; frente a nosotros no hay nada. Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos, vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del *ninguneo*: el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezaremos a vivir y a pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo».

---

## OCTAVIO PAZ Y LOS PARTIDOS\*

por Jesús Silva-Herzog Márquez

EN DICIEMBRE de 1977, en entrevista con Julio Scherer, Octavio Paz se hacía la pregunta que no se hacían los politólogos: «¿por qué no hay partidos políticos en México?» De esa ausencia nacía la reforma de Reyes Heróles, un intento por inventarlos. Una y otra vez el poeta volvería al tema de los partidos políticos mexicanos. Sabía que de ellos dependía la suerte política de México, entendía que la democracia no podría implantarse sólidamente en el país mientras no se formaran partidos serios, nutridos de ideas y dispuestos a la deliberación constructiva. Hoy lo podemos corroborar: la miseria de nuestros partidos es la miseria de nuestra democracia.

Paz no fue, por supuesto, un escritor político. Fue un poeta. Nunca pretendió construir una teoría de la justicia o un tratado de la democracia. Prefiero hablar de Marcel Duchamp que de John Locke, dijo en alguna ocasión. Pero no rehuyó a la política. La defensa de la poesía, su verdadero amor, suponía una defensa de la liber-

\* Tomado del periódico *Reforma*.

tad, es decir, una postura frente a las amenazas del Estado. De ahí su frecuente visita a los territorios de la soberanía: el despotismo totalitario, la tradición liberal, el fenómeno de la burocracia, los vicios del mercado, la búsqueda de la fraternidad. La riqueza de las reflexiones políticas del poeta puede constatarse en el primer volumen que se dedica a compendiar su pensamiento político. Se trata de *Sueño en libertad*, una buena antología preparada cuidadosamente por el académico canadiense Yvon Grenier que ha sido publicada recientemente por Seix Barral.

Yvon Grenier describe a Octavio Paz como un liberal romántico. Liberal porque defendió la autonomía de la persona, se opuso a los despotismos, buscó un poder controlado. Romántico porque no creía en el progreso, porque fue ajeno al individualismo materialista, porque temía al mercado, al que describió como pesadilla circular. En donde no fue romántico fue en su concepción de los partidos políticos y en su idea de la mecánica del régimen democrático. No creyó en una democracia romántica: silvestre, exuberante y natural. Una democracia espontánea que se crea siempre a sí misma y que tiene como motor único la voluntad omnipotente del Pueblo. Paz estuvo muy lejos de la moda del socialcivilismo. Distante de estas idolatrías, Paz entendió las exigencias ingenieriles del artefacto democrático. Para que el aparato funcione debe asegurarse el principio de ciudadanía, deben cumplirse las reglas que controlan y esparcen el poder y debe asegurarse una atmósfera de diálogo y tolerancia. Modesta a fin de cuentas, la concepción paciana de la democracia: «no es un absoluto ni un proyecto sobre el futuro: es un método de convivencia civilizada. No se propone cambiarnos ni llevarnos a ninguna parte; pide que cada uno sea capaz de convivir con

su vecino, que la minoría acepte la voluntad de la mayoría, que la mayoría respete a la minoría y que todos preserven y defiendan los derechos de los individuos».

¿Cómo veía Paz a nuestros partidos? Primero hablemos de su visión del PRI. La cuestión del PRI fue para él una preocupación permanente. El instituto revolucionario fue el fenómeno político del siglo XX mexicano y era fácil caer en la tentación de dibujarlo como gemelo de los partidos comunistas. Pero era un bicho muy distinto. Fue producto de una crisis, no de un cálculo. Hijo de sus circunstancias, tuvo como tarea inicial apaciguar a una nación en guerra, resolver una emergencia. Dos cosas llaman la atención de Paz: el vasallaje del partido «todopoderoso» y su pragmatismo. En todo su reinado, el PRI no aportó una sola idea. Todas las iniciativas venían de arriba, más bien de fuera: de la Presidencia. En *Posdata* exclama: «¡Ninguna idea y ningún programa en los cuarenta años que lleva de vida!» El partido es un organismo burocrático cuya misión es la dominación política por vía de la manipulación de los grupos populares. Es así, un aparato subordinado a los intereses y los cálculos del Ejecutivo. En el PRI radicaba el primer círculo de la veneración presidencial. De ahí que las cámaras del Congreso sean «dos cuerpos parlanchines y aduladores». El PRI fue un coro de alabanzas. Pero no fue una iglesia. El partido del gobierno se amoldaba a los humores presidenciales, no tuvo nunca un texto sagrado para las excomuniones. «Eso nos ha salvado del terror de un Estado burocrático e inquisidor, como en los países comunistas». Cierto. También es cierto que hoy, fuera del poder, ese pragmatismo que evitó el dogmatismo, hace del PRI una piel sin cuerpo. En algún momento pensó que México podría democratizarse con una democratización del PRI. Pronto se dio cuenta de que eso era imposible: la

democratización suponía, no la extinción del PRI, pero sí su transformación en un partido auténtico: un trozo del país político que compite por el poder político en igualdad de condiciones.

Nunca le gustó el PAN. Lo respetaba como un partido que había sido capaz de ser autocrítico, pero afirmaba siempre sus distancias con los panistas. Recordaba con mucha frecuencia sus inicios como una formación reaccionaria que defendió el franquismo. «El primer grupo dirigente del PAN era muy brillante pero demasiado ligado al pensamiento conservador europeo», escribe en «Hora cumplida». Exageraba, por supuesto, cuando lo describía como descendiente de Joseph de Maistre, el feroz reaccionario savoyano. Pero no estaba lejos de la verdad cuando detectaba los extendidos vacíos intelectuales de este partido «provinciano». Según Paz, al PAN, como partido de la derecha, no le interesaban las ideas y los debates le producían dolor de cabeza. Sus credenciales democráticas son intachables, está ganando votos, pero no ha modernizado su programa. No tiene ideas sobre el manejo de la economía, su propuesta social es frívola, su visión del problema demográfico es ultraconservadora. Necesitamos un partido conservador que renueve la tradición fundada por Lucas Alamán, decía. El problema era que el PAN no se había puesto al día. Constatar el desprecio que por la cultura y la cuestión social tienen los panistas a partir de las decisiones y nombramientos del gobierno foxista sirve para recordar las advertencias de Paz.

Mucha menor simpatía sintió por el PRD. Vio su nacimiento como el producto de las dos tradiciones más autoritarias de nuestro siglo XX: la priista y la comunista. No era un movimiento moderno porque, independientemente de que levantara la bandera de la democracia y

diera cauce a descontento social, revivía la demagogia y el populismo de épocas pasadas. Los neocardenistas, escribió, «proclaman ardientes convicciones democráticas. Lo menos que se puede decir de ellas es que, si son sinceras, son muy recientes». Adoradores del Estado, han sido incapaces de asumirse como una constructiva oposición parlamentaria. México necesita una izquierda moderna y democrática. Pero, a los ojos de Paz, el PRD estaba muy lejos de ser esa opción.

Hoy, a diferencia de lo que sucedía en 1977, podemos decir que ya hay partidos políticos en México. No los que nos hacen falta.



---

## OCTAVIO PAZ SOBRE LIBERALISMO Y ROMANTICISMO

por H.C.F. Mansilla

A LA VISTA de los muchos fracasos asociados al neoliberalismo en el Tercer Mundo, parece promisorio explorar algunas posibilidades de mitigar los excesos de esta doctrina en la realidad. Un gran liberal, como fue sin duda Octavio Paz, mantuvo hasta su muerte la convicción de que la democracia pluralista, la opción por el individualismo y el régimen de libertades públicas representarían la herencia más noble y rescatable de la modernidad occidental. El liberalismo en la praxis política es —o debería ser— el civilizado reconocimiento de los otros. Una porción central de este legado está encarnada en las concepciones liberales de la política y la economía, sobre todo en la vigencia irrestricta de los derechos humanos y en el respeto a los individuos de parte del Estado. La moderna democracia liberal se distingue por el valor atribuido a la esfera privada: no debería haber una participación forzosa y manipulada en los asuntos políticos.

Pero la libertad no es la única aspiración humana, dice Octavio Paz; de igual rango son la fraternidad, la justi-

cia, la igualdad y la seguridad. El mérito del romanticismo histórico es haber llamado tempranamente la atención sobre estos temas. La mutilación y parcelación del ser humano, la carencia de solidaridad y la falta de lazos emotivos, que también son características del mundo moderno y de la democracia liberal, conducen a que los seres humanos estén aislados, angustiados y siempre descontentos: la libertad se revela como una pesada carga. La sociedad contemporánea arranca al individuo de su comunidad orgánica y de sus lealtades primarias. El liberalismo extremo y doctrinario rompe con las ataduras religiosas y entrega a los ciudadanos al mero azar y al mercado. Así, paradójicamente, esta corriente prepara el camino para los diferentes totalitarismos, pues éstos prometen esa fraternidad, ese calor humano y esa comunión con los otros que el gélido ámbito del consumismo a ultranza, del “todo vale” y de la perfección técnica no puede brindar.

Pero este análisis no significa un retorno al socialismo. La crítica de Octavio Paz a la Unión Soviética y al experimento cubano resultaron clarividentes. La naturaleza de esos regímenes fue descrita tempranamente por Paz como la combinación de la opresión y la violencia, la atrocidad y el cinismo. Estos “monumentos a la esquizofrenia” no tenían nada de libertarios; eran “estados kafkianos” en la vida cotidiana, que en sus momentos más terribles degeneraron en “paranoias sanguinarias”. El escritor mexicano supuso que estos modelos tenían mucho de una pseudorreligión totalitaria y muy poco de las tradiciones utópicas del marxismo original. Crearon nuevos cultos de lo absoluto: la sabiduría infalible del partido y del jefe, la divinización de las metas históricas, la justificación de cualesquiera medios a causa de la pretendida superioridad de los fines, los individuos

reales al servicio de una abstracción ideológica. En suma: una nueva iglesia totalitaria. En la antigua Unión Soviética, Paz percibió la tradición zarista, autocrática y arcaica, apenas encubierta por las máscaras del socialismo igualitario, la industrialización forzada y la modernidad técnica.

Cuando el sistema socialista se derrumbó en 1989/1991, Paz acentuó su crítica a la horrible combinación de globalización totalizada y capitalismo salvaje que desde entonces se ha apoderado del planeta. El colapso del socialismo ocurrió casi simultáneamente con la expansión del consumismo a escala mundial y de la economía de libre mercado. A comienzos del siglo XXI podemos afirmar que esta evolución no ha producido ni la felicidad de los pueblos, ni la instauración de regímenes más razonables que los anteriores, ni menos todavía un auténtico renacimiento cultural. La actual democracia de masas está unida inextricablemente a la manipulación de los votantes por medio de la llamada industria de la consciencia. Por otra parte, el mercado desregulado ha destruido en amplias zonas del planeta la agricultura de subsistencia, que estaba bien adaptada a entornos ecológicamente precarios. Es decir: el progreso tecnológico ha aniquilado un saber milenario basado en conocimientos particulares. La “antigua” comprensión de los ecosistemas naturales ha sido reemplazada por la utilización indiscriminada de productos industriales “modernos”, cuya bondad a largo plazo es más que dudosa. Paz creyó que estos aspectos de la globalización liberal eran deplorables y perniciosos.

Octavio Paz creyó que el liberalismo era aceptable en cuanto instrumento y no como meta normativa. Llegó a la sabia conclusión de que los mecanismos de la economía liberal y las instituciones de la democracia mo-

derna constituyen sólo instrumentos y caminos al servicio de fines morales. A la sociedad liberal contemporánea Paz dedicó esta severa crítica: “La marca del conformismo es la sonrisa impersonal que sella todos los rostros. [...] La publicidad destruye la pluralidad no sólo porque hace intercambiables los valores sino porque les aplica el común denominador del precio. En esta desvalorización consiste, esencialmente, el complaciente nihilismo de las sociedades contemporáneas. [...] Nada menos democrático y nada más infiel al proyecto original del liberalismo que la ovejuna igualdad de gustos, aficiones, antipatías, ideas y prejuicios de las masas contemporáneas”.

Paralelamente a su defensa del liberalismo, Octavio Paz trató de rescatar elementos fundamentales de la tradición romántica, es decir de aquello que queda más allá de la razón instrumental y de su geometría: la fraternidad y unidad entre los mortales, las vivencias del amor, los paraísos vislumbrados en el éxtasis utópico, la integridad del ser humano y la experiencia religiosa. Se trata de valores que poseen una dignidad superior: son fines en sí mismos. Paz se opuso a la aceleración de la historia, y en su obra poética se empeñó en detener, al menos por un instante, la marcha perversa del tiempo. Para Octavio Paz la salvación genuina —si es que la hay— está fuera del tiempo, de los afanes políticos y de los aspectos cuantitativos del mercado: en el amor, la poesía y la religiosidad.

---

## EL CONSEJERO\*

por Luis Javier Garrido

¿POR QUÉ razón un gran poeta y ensayista como Octavio Paz, que en buena parte de su obra denunció al sistema mexicano, terminó en la parte final de su vida sirviendo a ese poder?

La muerte de Octavio Paz (19 de abril) ha suscitado una cascada de textos de elogio de muy escasa calidad pero muy pocas reflexiones, y una central tiene que ser sin duda la de preguntarse una vez más cuál fue la razón por la que un escritor que pudo ser independiente no lo fue.

¿Por qué razón Paz no terminó sus relaciones con el régimen luego de 1968, cuando pidió «ser puesto en disponibilidad» por la Secretaría de Relaciones Exteriores, o en 1974, cuando junto con otros hombres de pensamiento se planteó la necesidad de constituir un nuevo partido en México?

El hombre está marcado sin duda por su experiencia y la de Paz parece haber sido siempre la de aconse-

\**La Jornada*, 24 de enero de 1998.

jar al poder. La reciente publicación de parte de la correspondencia de Paz como embajador en India con el canciller Antonio Carrillo Flores (*Vuelta* 256) apunta una primera explicación a este problema, pues muestra que a lo largo de la mayor parte de su vida, como un hombre dedicado a la función pública, Octavio Paz fue un hombre dedicado a aconsejar al poder y que creyó firmemente en los hombres del régimen.

La obra de un autor es indisociable de sus propias contradicciones que, a pesar suyo, la marcan de manera determinante. En un ensayo escrito a fines del sexenio de López Portillo, titulado «Quevedo, Heráclito y algunos sonetos», recogido en *Sombras de Obras* (Seix Barral, 1983), sin darse cuenta Paz describió su principal contradicción y, al hablar de Francisco de Quevedo, el gran poeta conceptual del Siglo de Oro, trazó también su propio retrato. Paz reconoció en ese texto haber perdido la admiración que profesara a Quevedo en su juventud luego de leer los estudios de Raimundo Lida, y darse cuenta que había sido un hombre sin escrúpulos que al anteponer los intereses del poder a sus ideas falló moral e intelectualmente.

Octavio Paz se asumió a lo largo de esos años como un pensador crítico, aunque no lo fue ante la realidad de su propio país. Paz no pudo ocupar el lugar que tuvieron Sartre o Foucault en Francia o Chomsky en Estados Unidos, pues en vez de ser la voz crítica que requería la sociedad, en muy poco tiempo asumió el papel de propagandista de las políticas oficiales y lejos de ser un escritor independiente se fue haciendo un puntual del «sistema». A lo largo de los últimos 15 años de su vida, Paz fue un habitual de Los Pinos que servía a los presidentes: fungía en privado como su consejero y en público como un defensor de sus políticas.

La claudicación pública de Octavio Paz de todo cuanto había escrito en materia política se produjo a mediados de 1988, un mes después del 6 de julio y de «la caída del sistema» electoral. En el momento en que miles de mexicanos exigían que se abrieran los paquetes electorales y se contaran los votos para constatar quién había ganado, Paz avaló el fraude, sostuvo que el triunfo de Salinas era claro y vituperó a Cárdenas («Ante un presente incierto», (10-12 de agosto de 1988) y a quienes no pensaban como él, y semanas después estuvo presente junto a varios dictadores latinoamericanos en la ceremonia de imposición de Carlos Salinas en la Presidencia de México.

El Octavio Paz del sexenio de Carlos Salinas se olvidó de cuanto había escrito sobre el poder y puso su prestigio al servicio de un sistema en descomposición y de quien lo encabezaba. Los exegetas de Paz le rendirían un servicio al país si recopilaran sus artículos y sus decenas de declaraciones convalidando a un gobierno que llegó a todos los excesos de corrupción y cometió todo género de crímenes, y ello a cambio de tener un poder determinante en las políticas culturales del Estado y de ganar popularidad. Cuando le llegó el Premio Nobel en 1990, Paz era el escritor mimado de la oligarquía mexicana que lo conocía a través de Televisa y compraba sus libros, pero no lo leía.

Los compromisos de Paz con el «sistema» le impidieron entender al final de su vida el proceso de México y en especial el levantamiento en Chiapas, que según él se debía a que las comunidades indígenas habían sido «engañadas por un grupo de irresponsables demagogos» (*La Jornada*, 5 de enero de 1994). Mucho le agraviaron entonces algunas críticas, como la del novelista español Manuel Vicent, quien le preguntó si para eso se era poe-

ta, pero no varió su posición. Y no pudo saber dos años después, cuando intentó matizar algunos de sus juicios (*Vuelta* 231), que para muchos mexicanos no tenía credibilidad.

¿Puede sorprender por todo ello que el escritor haya sido homenajeado a su muerte, más que por sus lectores, por el régimen al que terminó sirviendo?

La figura de Octavio Paz es fundamental en la vida intelectual de México en el siglo xx, pero no podrá entenderse si se insiste en mitificarlo y no se analizan sus relaciones con el régimen. Hacerlo ayudará sin duda a entender los mecanismos del poder y a discernir lo que él, en su vanidad de escritor, no supo comprender: que los hombres de pensamiento le han fallado a México.



---

PARA QUÉ SIRVE LA POESÍA:  
EL CONCEPTO DE POESÍA EN OCTAVIO PAZ

por Prócoro Hernández Oropeza

DICEN que la poesía es un trabajo estéril y no sirve para nada. Es una pérdida de tiempo en este mundo globalizante y amorfo, un desperdicio del intelecto, una entelequia espiritual mal retribuida.

La poesía se emplea para aplacar las tormentas del alma, redimir a una mujer o un hombre o llenar el corazón de ese sentimiento llamado amor. Puede, en dosis bien servidas, alimentar el espíritu, asustar una soledad y alejar una tristeza. Sirve también para reflexionar acerca de si las piedras hablan o si la luna es medicina para el mal de amores.

Por medio de la poesía podemos hacer hablar las flores y voltear el cielo de cabeza, cambiar la tarde de lugar. Es un buen recurso para transgredir la monotonía y curar el insomnio.

Un simple verso trastoca el sentido de una palabra, de un enunciado. El verso es una trasgresión del sentido común, un ahogado del poeta, un halo místico que impulsa los dedos, un flagelo al silencio.

A través del verso el poeta reflexiona acerca de la vida de una mariposa, de la muerte de un minuto en las manos del tiempo. Por medio del trabajo refinado de la palabra se desdibuja el rostro de un recuerdo, la desventura de un te quiero en la boca del blasfemo.

En fin, la poesía es útil de muchas maneras, pero sobre todo es instrumento para observarnos a nosotros mismos, como expresa el poeta y pintor chino Xingjian. Porque cuando se concentra la atención internamente surge la poesía y empieza la aventura emocional de la palabra.

Octavio Paz afirma que la poesía no es una actividad mágica ni religiosa, no obstante el espíritu que la expresa, los medios de que se vale, su origen y su fin, muy bien pueden ser mágicos o religiosos. Mientras que en la religión lo sagrado cristaliza en el ruego, en la oración, en el éxtasis místico, en un diálogo o relación amorosa con el creador, el poeta lírico entabla un diálogo con el mundo; en ese diálogo hay dos situaciones extremas: una de soledad y otra de comunión.

¿Qué pretende el poeta cuando expresa su experiencia? Paz contesta: “La poesía ha dicho Rimbaud, quiere cambiar la vida. No piensa embellecerla como piensan los estetas y los literatos, ni hacerla más justa o buena, como sueñan los moralistas. Mediante la palabra, mediante la expresión de su experiencia, procura hacer sagrado al mundo; con la palabra consagra la experiencia de los hombres y las relaciones entre el hombre y el mundo, entre el hombre y la mujer, entre el hombre y su propia conciencia. No pretende hermopear, santificar o idealizar lo que toca, sino volverlo sagrado. Por eso no es moral o inmoral; justa o injusta; falsa o verdadera, hermosa o fea. Es simplemente poesía de soledad o de comunión. Porque la poesía que es un testimonio del éxta-

sis, del amor dichoso, también lo es de la desesperación. Y tanto como un ruego puede ser una blasfemia”.

El poeta, agrega Paz, tiende a participar en lo absoluto, como el místico, y tiende a expresarlo, como la liturgia y la fiesta religiosa. Esta pretensión lo convierte en un ser peligroso, pues su actividad no beneficia a la sociedad; verdadero parásito, en lugar de atraer para ellas las fuerzas desconocidas que la religión organiza y reparte, las dispersa en una empresa estéril y antisocial. En la comunión el poeta descubre la fuerza secreta del mundo, esa fuerza que la religión intenta canalizar y utilizar, a través de la burocracia eclesiástica. Y el poeta no sólo la descubre y se hunde en ella: la muestra en toda su aterradora y violenta desnudez al resto de los hombres, latiendo en su palabra viva en ese extraño mecanismo de encantamiento que es la poesía.

La poesía es la revelación de la inocencia que aliena en cada hombre en cada mujer y que todos podemos recobrar apenas el amor ilumina nuestros ojos y nos devuelve el asombro y la fertilidad. Su testimonio es la revelación de una experiencia en la que participan todos los hombres, oculta por la rutina y la diaria amargura. Los poetas han sido los primeros que han revelado que la eternidad y lo absoluto no están más allá de nuestros sentidos, sino en ellos mismos. Esta eternidad y esta reconciliación con el mundo se producen en el tiempo y dentro del tiempo, en nuestra vida mortal, porque la poesía y el amor no nos ofrecen la inmortalidad ni la salvación. Nietzsche decía: “No la vida eterna, sino la eterna vivacidad: eso es lo que importa”.

Luego entonces la función de la poesía, en un mundo vacío pero computarizado sirve de mucho y aunque no alivia, ni corrompe, purifica. No tiene más ideología que un alma y un espíritu en confrontación con todo lo

que le rodea. El periodista Braulio Peralta, en el prólogo a una larga y de las últimas entrevistas a Octavio Paz sentencia: “Heraldos de sí mismos, los poetas viven un mundo aparte: mensajeros del destino, en los tiempos modernos, pocos, muy pocos los escuchan, los leen y atienden. Vivimos con los ojos abiertos pero ciegos ante las premoniciones que nos anuncian. ¿De qué sirve pensar y sentir si todo ello no ayuda a vivir más y mejor? El ser y la nada nos arrojan al vértigo de la ignorancia. Tendrá el poeta que gritar sus versos por teléfono, enviarlos por fax, a través de Internet, o leerlos por televisión? Hasta eso, en los tiempos actuales, le está vedado; nadie quiere oír verdades a fin de siglo. Eliot seguirá vivo para los mass media.

En tono de queja Peralta señala: “La poesía —la palabra del poeta— ha sido menospreciada en este siglo. Pero no ha muerto. Dicen que cada 50 años nace un poeta —poeta mayor, con ideas— en cualquier país. Poetas que defienden la poesía, porque los versos son inseparables de la defensa de la libertad. Sí: la poesía no se lee en los estadios. Pero no agoniza. En medio de la turbulencia del fin de siglo, algo queda: un puñado de hombres que describen el mundo con versos y prosa poética.

Y para concluir, que mejor que esta definición de poesía, vertida por David Huerta:

*Sharp as a razor blade  
Los poetas suelen declarar,  
En algún momento exaltado y profuso,  
Que la poesía es  
O debería ser, para ellos, tal o cual otra cosa.  
Yo no querría asumir el estilo de mi declaración  
Al de aquellas. Básteme pedirle  
Al curioso lector*

*Que traduzca y entienda (“filo  
Para cortar el tiempo en dos pedazos  
De espejo, de sílaba o fuego, de ropaje  
Caliente o de hospitalaria desnudez”)  
La breve frase en inglés  
Que encabeza estas líneas.*

Mayo 12, 2002.

---

## EL PERFIL INTELECTUAL DE OCTAVIO PAZ

por Ricardo Roque Baldovinos\*

EL RECIENTE deceso del escritor mexicano Octavio Paz ha provocado una reacción unánime de pesar y exaltación de su trascendencia como literato y hombre de ideas. Dejando de lado cuestiones que pertenecen al fuero personal, considero oportuno destacar dos aspectos notables de la figura de Octavio Paz: en primer lugar, su obra, rica, compleja, diversa; en segundo lugar, su conducta intelectual.

De la poesía lírica de Paz se ha dicho bastante. Es uno de los principales poetas latinoamericanos y esta faceta de su obra dará sin duda mucho que hablar y discutir a generaciones venideras de estudiosos. El autor se defi-

\* Ricardo Roque Baldovinos nació en San Salvador (El Salvador) en 1961. Doctor en literatura por la Universidad de Minnesota.

Ejerce con acierto y profundidad la crítica literaria y por ello forma parte de la nueva generación de intelectuales salvadoreños que con su labor contribuyen a un mejor discernimiento del país. Ricardo Roque Baldovinos es autor de *El Salvador: Cuentos escogidos (1998)*, y coordinador de los dos volúmenes de la *Enciclopedia de El Salvador*.

Fuente: Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas». El Salvador.

nía personalmente como poeta y ésta era la vertiente de su obra que tenía en mayor estima y consideración. Sin restarle su debido valor, sospecho que su contribución más duradera debemos buscarla en su extensa obra ensayística. Su aporte no radica únicamente en la peculiar textura de su prosa, acertadamente descrita por Miguel García-Posada como «resultado de una magistral simplificación de la sintaxis, que se traduce en fulgurantes yuxtaposiciones y en la acelerada velocidad de los enlaces. El discurso avanza como una proa sobre un mar domesticado». Pero el valor de los ensayos de Paz está en la originalidad de sus ideas, que para elaborarlas es capaz de hacer concurrir una amplia variedad de ámbitos de conocimiento en los que se desenvuelve con envidiable autoridad y soltura. La calidad literaria del ensayo de Paz consiste, pues, en aunar los hallazgos formales y de fondo, cualidad poco común hoy en día donde tiende a instituirse una escisión entre la escritura «prosaica» de los especialistas y la prosa «ensayística» de ciertos literatos, cuyo don principal consiste en la hermosa ornamentación de lugares comunes.

No alcanzaría el espacio en este comentario para hacer un inventario completo de la impresionante obra ensayística de Paz. Tal vez baste enumerar algunos ejemplos donde queda patente su contribución al pensamiento latinoamericano. *El Laberinto de la soledad* es unánimemente celebrado como el documento por excelencia de la «mexicanidad». Menos unánime ha sido caer en la cuenta de que Paz explora la «mexicanidad» de manera bastante audaz y sin paralelos en las ciencias de la cultura. En dicho ensayo se combina un estudio heterodoxo de la decantación del proceso histórico en el registro popular del lenguaje para proponer un modelo de la psicología colectiva del sujeto nacional mexicano. Paz evita

salidas fáciles como el determinismo racial biologista al estilo de Carl Jung y se acerca sorprendentemente a una propuesta que, varias décadas después, elabora el brillante sociólogo alemán Norbert Elias. Este pensador propone el estudio de un «habitus nacional» en las prácticas simbólicas en una serie de ensayos sobre la génesis del nazismo.

Es importante aclarar, sin embargo, que Paz nunca pretendió sociología ni hablar como hombre de ciencia o conocimiento. Hábilmente escamoteó los límites del rigor científico asumiendo la posición de hombre de letras, que podía hacer uso libre e imaginativo de ideas prestadas de la filosofía, la historia y la ciencia social, ámbitos del conocimiento que —a diferencia de ciertos literatos puros de hoy— nunca despreció sino que leyó con la curiosidad y clarividencia propios de una inteligencia renuente a dejarse encerrar entre linderos disciplinarios.

En *El laberinto de la soledad*, encontramos algunos ensayos que han merecido menor atención por parte de la crítica pero que también aportan ideas sugerentes y novedosas. Al hacer su propio balance de la Revolución Mexicana, Paz la compara con la Revolución Bolchevique y la Revolución China, y nota afinidades entre todos esos procesos en cuanto constituyen manifestaciones inequívocas de la irrupción de países periféricos al protagonismo de la historia moderna de Occidente. Esta intuición ha sido trabajada después por historiadores profesionales que casi seguramente desconocían la obra de Paz.

El extenso volumen *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, además de ser un estudio imprescindible para la vida y la obra de esa gran escritora, tiene una sección introductoria que es uno de los estudios más es-



clarecedores sobre la vida en el Virreinato de la Nueva España y la América colonial. Allí se pone de manifiesto el esfuerzo de Paz por tratar de comprender el enredado proceso histórico de su país desde su propia especificidad, y no desde cómodas etiquetas prestadas de éste o aquel manual de historia.

Lugar central dentro de la producción ensayística de Paz ocupa la obra dedicada a pensar su gran pasión vital: la poesía. Destacaré dos vertientes. La primera de ellas está dedicada a explicar el ser de la poesía y su ubicación compleja y contradictoria dentro de la cultura de la modernidad. Aquí encontramos la espléndida trilogía compuesta por *El Arco y la lira*, *Los hijos del limo* — obra derivada de la serie de conferencias dictadas en la cátedra de poesía Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard— y *La otra voz*. A Paz debemos la brillante fórmula para definir la lógica de la evolución del lenguaje poético luego de la revolución romántica, «la tradición de la ruptura», una paradoja que sintetiza el complejo dinamismo de tradición e innovación que subyace al cambio literario. La otra vertiente de ensayo poético es la explicación de la obra de otros poetas y artistas, donde Paz hace gala de la riqueza de su cultura literaria y de la facilidad para comunicar al lector promedio los intrincados mecanismos de esta producción artística. Esta obra ocupa varios abultados volúmenes de su *Obra Completa*, pero destaca entre ellas como ejemplo de amenidad, claridad y lucidez *Cuadrivio*, dedicado a explicar la poesía de Rubén Darío, Fernando Pessoa, Luis Cernuda y Ramón López Velarde.

También dedicó Paz una parte considerable de su obra ensayística al esclarecimiento de cuestiones políticas de trascendencia para su país y la humanidad contemporánea. Allí encontramos la parte más polémica de su

pensamiento. Ferviente admirador de los movimientos revolucionarios de izquierda en su juventud —no debemos olvidar su decidida participación en pro de la causa de la República Española y su fallido intento de incorporarse a las filas de sus combatientes—, se constituyó en uno de los críticos más acerbos e ineludibles del socialismo real. Décadas antes de que el antimarxismo se pusiera de moda en los círculos intelectuales —moda a la que Paz y su trabajo de promotor cultural indudablemente contribuyeron—, denunció los peligros de una visión de la sociedad que fácilmente inmolaba la libertad en aras de una igualdad en gran medida producto de una ilusión ideológica.

Hay que decir, en descargo de las acusaciones de «reaccionario» y «neoliberal» que Octavio Paz recibió perennemente de sus detractores, que su posición —al menos vista a la luz de sus argumentos— distó de ser dogmática y carente de matices. En *Itinerario* —lo más próximo dentro de su obra a una autobiografía intelectual— insiste en que el capitalismo, lejos de ser una panacea para la salvación de la humanidad, padece de males inherentes ante los que la democracia liberal no es contrapeso suficiente. Admite que si bien el mercado es un mecanismo más eficiente para organizar la producción que la planificación estatal centralizada, no por ello debe ignorarse su potencial destructivo. Por esta razón, Paz prefiere definirse como un crítico de la modernidad que como un defensor a ultranza de Occidente o un adversario del socialismo real. Y en este sentido, reivindica la tradición crítica que la modernidad inaugura. Así, ubica esta tradición tanto en lo que denomina ‘tradición de la ruptura’, es decir, la cultura literaria moderna, como en la vocación hacia la disidencia inserta en las instituciones y cultura de la democracia liberal. Éste es el le-

gado más valioso del que dispone la humanidad contemporánea, y es lo que Paz trató de defender frente a quienes se alinearon con el totalitarismo soviético.

Lejos de ser un celebrador dogmático de la idolatría del mercado, Paz reclama como tarea urgente propiciar un diálogo entre las dos tradiciones de pensamiento político más importantes de Occidente: el liberalismo y el socialismo. Frente a quienes celebran la muerte del socialismo y el fin de la Historia, Paz declara que tanto socialismo como liberalismo «han sido los grandes interlocutores de los siglos XIX y XX y tal vez ha llegado la hora de una síntesis. Ambos son irrenunciables, están presentes en el nacimiento de la Edad Moderna: uno encarna la aspiración hacia la libertad y el otro hacia la igualdad. El puente entre ellas es la fraternidad, herencia cristiana, al menos para nosotros, hijos de Occidente. Un tercer elemento: la herencia de nuestros grandes poetas y novelistas».

Para concluir habría que señalar algunos aspectos de la conducta intelectual de Octavio Paz. Con él muere uno de los últimos representantes de una singular generación de intelectuales-literatos poseedora de una amplia cultura universal. Propio de esta generación es también resistir la tentación de la torre de marfil y no temer a ensuciarse las manos con los asuntos mundanos. Paz no sólo produjo una obra literaria considerable por su extensión y calidad. Fue un claro protagonista en la vida de su país. Y lo fue tanto en el ámbito literario como en el político; aunque en este último terreno no eligió la vía de la política partidaria sino la del activismo cultural y la intervención libre en el debate público. Y sus posiciones no tienen por qué gustarnos. En particular, no debemos olvidar que Paz insistentemente tendió

a disminuir el peso de justicia de muchos de los reclamos enunciados desde los movimientos de izquierda.

Pero lo último no es suficiente motivo para negar a Octavio Paz un doble mérito: en primer lugar, emplear un singular talento literario para contribuir a esclarecer los problemas más urgentes de la existencia humana en su compleja diversidad; en segundo lugar, la lucha por asegurar al intelectual una posición independiente y crítica frente a los poderes establecidos. Y en esta última lucha la libró no sólo ante los poderes económicos y políticos, sino ante las sutiles modalidades de coerción implícitas en los hábitos de pensamiento institucionalizados.

---

## ENTRE LA POESÍA, LA VIDA Y LA MUERTE DE OCTAVIO PAZ

por Mónica Gómez Salazar (México, UAM)

FUE UN 19 de abril de 1998 a las 10:35 de la noche cuando el poeta Octavio Paz había muerto, la noticia no la supe sino hasta el día siguiente, los encabezados de los periódicos sólo hablaban del Nobel de Literatura, sus planas se tapizaban de innumerables esquelas mortuorias. La noticia también era la de ocho para la radio. Un acontecimiento desafiante de los límites nacionales, el suceso corría por todo el mundo y a cada paso anunciaba la pérdida mundial.

Lo primero que hice en cuanto salí de casa fue comprar el periódico, enterarme al menos a qué hora había sido el deceso, no fue por morbo, no, era la necesidad que uno siente cuando tiene sed de información acerca de alguien a quien se admira y respeta profundamente. Los diarios decían que México estaba de luto, sólo palabras que no se acercaban ni a la más mínima distancia del dolor que sufría su viuda, Marie-José, o del sentimiento desolador que a sus lectores nos embargaba, ya no habría más escritos de él, sólo los que plasmó en vida, ya no habría más Paz y tendríamos que conformarnos con las

afortunadas *Obras Completas* editadas por el Fondo de Cultura Económica consagradas antes de su muerte. Recuerdo ese día que siguió a la muerte de Paz, yo estaba de luto pero no vestí de negro, el luto que llevaba no era el de mi corazón —nunca tuve la fortuna de conocerlo en persona— sino el de mi mente y mi espíritu que leían su poesía y su obra. Vienen a mi memoria palabras que citó durante el encuentro internacional sobre Breton en 1996: *«las teorías políticas y estéticas pasan, quedan las obras, y en el caso de André Bretón, queda, además, la persona, porque él fue autor de varios libros, que no sería exagerado llamar de eléctricos, porque han tatuado nuestro siglo»*. Octavio Paz ha tatuado nuestro siglo. Su tatuaje es profundo, sobre todo tratándose de los mexicanos, de quienes habló en importantes obras de remarcada trascendencia como el caso de *El laberinto de la soledad*, obras de tal vitalidad que hablan solas, critican solas y responden por sí mismas recordando las palabras de su padre cuando encaran la tensión propia de la polémica.

«Hay que arriesgarse a ser impopular...No quise hacer una carrera literaria: quise ser fiel a mí mismo.»

Su poesía, fue más que su musa, fue la hija de su Diosa: La Libertad. La Libertad y la Vida, dan a su poesía posibilidad de sembrar en ella y cosechar después un conocimiento que acaso su creador dejara en semilla para finalmente nosotros recibir el fruto de su sensibilidad.

#### Libertad bajo palabra

...Inútiles los memoriales, los ayes y los alegatos. Inútil cerrar los ojos o volver entre los hombres: esta lucidez ya no me abandona. Romperé los espejos, haré trizas mi imagen que cada mañana rehace piadosamente mi cómplice, mi delator. La soledad de la conciencia y la conciencia de la soledad, el día pan y agua, la noche sin agua. Sequía, campo arrasado por un sol sin párpados, ojo atroz, oh conciencia, presente puro donde pasado y porvenir arden sin

fulgor ni esperanza. Todo desemboca en esta eternidad que no desemboca.

Allá, donde los caminos se borran, donde acaba el silencio, invento la desesperación, la mente que me concibe, la mano que me dibuja, el ojo que me descubre. Invento al amigo que me inventa, mi semejante; y a la mujer, mi contrario: torre que coronó de banderas, muralla que escalan mis espumas, ciudad devastada que renace lentamente bajo la dominación de mis ojos.

Contra el silencio y el bullicio invento la Palabra, libertad que se inventa y me inventa cada día.

Sensibilidad escuchada y acogida en su poesía erótica y en ensayos como *La llama doble* en los que su voz atiende al discreto murmullo de nuestra lectura crítica. Para descubrir la voz de Paz primero se le habla y si se le habla se le observa, se le estudia, se le examina, se le separa, se le descompone, se le distingue...

### **Las palabras**

*Dales la vuelta, cógelas del rabo (chillen, putas)  
azótalas,  
dales azúcar en la boca a las rejegas,  
ínflalas, globos, píñchalas,  
sórbeles la sangre y tuétanos,  
sécalas,  
cápalas,  
písalas, gallo galante  
tuérceles el gaznate, cocinero,  
desplúmalas,  
destrípalas, toro,  
buey, arrástralas,  
hazlas, poeta  
haz que se traguen todas las palabras.*

Después su palabra habla y la semilla germina.

**Decir: hacer**

*La poesía se dice pero ¿qué es decir?*

*Decir: hacer*

*1*

*Entre lo que veo y digo,  
entre lo que digo y callo,  
entre lo que callo y sueño,  
entre lo que sueño y olvido,  
la poesía.*

*Se desliza*

*entre el sí y el no:*

*dice*

*lo que callo,*

*calla*

*lo que digo,*

*sueña*

*lo que olvido.*

*No es un decir:*

*es un hacer.*

*Es un hacer*

*que es un decir.*

*La poesía*

*se dice y se oye:*

*es real.*

*Y apenas digo*

*es real,*

*se disipa.*

*¿Así es más real?*

*2*

*Idea palpable,*

*palabra*

*impalpable:*



*la poesía  
va y viene  
entre lo que es  
y lo que no es.  
Teje reflejos  
y los desteje.  
La poesía  
siembra ojos en la página,  
siembra palabras en los ojos.  
Los ojos hablan,  
las palabras miran,  
las miradas piensan.  
Oír  
los pensamientos,  
ver  
lo que decimos,  
tocar  
el cuerpo de la idea.  
los ojos  
se cierran,  
las palabras se abren.*

La poesía, lenguaje de la palabra que ha sido eximida de su rumbo diario y persuadida para transmutar a metáfora, «*el erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora*».

Hace no muchos años leí *El arco y la lira*, un libro en el que se vuelve inevitable reconocer la experiencia poética «*irreductible a la palabra y, no obstante, expresada sólo por ella*». Aquel niño nacido un 31 de marzo de 1914, en la calle de Venecia, reinventó la palabra, la hizo suya y la deconstruyó; la aprendió y la desaprendió.

*Aprendizajes y desaprendizajes  
circunavegaciones y circunvalaciones,  
circunvuelos en Asia, Europa y América,  
la exploración del túnel de las correspondencias  
la excavación de la noche del lenguaje  
la perforación de la roca  
la búsqueda del comienzo  
la búsqueda del agua.*

Hace ya un año que el poeta Gonzalo Rojas recordaba palabras de quien consideraba su hermano mayor: «*Octavio mismo dijo que él era un aprendiz*». Rojas continúa: «*Todos somos aprendices, no hay originalidad, somos un coro, y el coro es estricto y es muy minoritario el número de los exponentes...La palabra va a persistir*». Hoy, a doce meses de su muerte, en el Palacio de Bellas Artes se reúnen escritores de la talla del español Jorge Semprún y de la sudafricana Nadine Gordimer, Premio Nobel de Literatura 1991, ella recuerda a Paz como el autor impecable que «*cada tema que tocaba brillaba con luz nueva*».

El pequeño que nació entre libros y cuyo mayor placer era el de hojear, con su primo, los gruesos volúmenes de historia de su abuelo sin apresurar la contemplación de sus estampas, era el hombre considerado a sí mismo sólo como poeta.

**La poesía** (fragmento)

*Llegas, silenciosa, secreta,  
Y despiertas los furores, los goces,  
Y esta angustia  
Que enciende lo que toca  
Y engendra en cada cosa  
Una avidéz sombría.*

Hombre y poeta del amor, la vida y la muerte.

Por ser tiempo y estar hecho de tiempo, el amor es, simultáneamente, conciencia de la muerte y tentativa por hacer del instante una eternidad. Todos los amores son desdichados porque todos están hechos de tiempo, todos son el nudo frágil de dos criaturas temporales y que saben que van a morir; en todos los amores, aun en los más trágicos, hay un instante de dicha que no es exagerado llamar sobrehumana: es una victoria contra el tiempo, un vislumbrar el otro lado, ese allá que es un aquí, en donde nada cambia y todo lo que es, realmente es.

El amor no vence a la muerte: es una apuesta contra el tiempo y sus accidentes. Por el amor vislumbramos, en esta vida, a la otra vida. No a la vida eterna sino a la vivacidad pura.

Vivacidad sentida cada mañana por el poeta para vivir el día que emanaba. Vida compartida con la muerte; muerte, consumación de la vida «*mitades de la misma esfera*».

### **Elegía interrumpida**

*Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.  
Al primer muerto nunca lo olvidamos,  
aunque muera de rayo, tan aprisa  
que no alcance la cama ni los óleos.  
Oigo el bastón que duda en un peldaño,  
el cuerpo que se afianza en un suspiro,  
la puerta que se abre, el muerto que entra.  
De una puerta a morir hay poco espacio  
y apenas queda tiempo de sentarse,  
alzar la cara, ver la hora  
y enterarse: las ocho y cuarto.*

*Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.  
La que murió noche tras noche*

*y era una larga despedida,  
un tren que nunca parte, su agonía.  
Codicia de la boca  
al hilo de un suspiro suspendida,  
ojos que no se cierran y hacen señas  
y vagan de la lámpara a mis ojos,  
fija mirada que se abraza a otra,  
ajena, que se asfixia en el abrazo  
y al fin se escapa y ve desde la orilla  
cómo se hunde y pierde cuerpo el alma  
y no encuentra unos ojos a que asirse...  
¿Y me invitó a morir esa mirada?  
Quizá morimos sólo porque nadie  
Quiere morirse con nosotros, nadie  
Quiere mirarnos a los ojos.  
Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.  
Al que se fue por unas horas  
y nadie sabe en qué silencio entró.  
De sobremesa, cada noche,  
la pausa sin color que da al vacío  
o la frase sin fin que cuelga a medias  
del hilo de la araña del silencio  
abren un corredor para el que vuelve:  
suenan sus pasos, sube, se detiene...  
Y alguien entre nosotros se levanta  
Y cierra bien la puerta.  
Pero él, allá del otro lado, insiste.  
Acecha en cada hueco, en los repliegues,  
vaga entre los bostezos, las afueras.  
Aunque cerremos puertas, él insiste.  
Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.  
Rostros perdidos en mi frente, rostros  
sin ojos, ojos fijos, vaciados,  
¿busco en ellos acaso mi secreto,*

*el dios de sangre que mi sangre mueve,  
el dios de yelo, el dios que me devora?  
Su silencio es espejo de mi vida,  
en mi vida su muerte se prolonga:  
soy el error final de sus errores.  
Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.  
El pensamiento disipado, el acto  
disipado, los nombres esparcidos  
(lagunas, zonas nulas, hoyos  
que escarba terca la memoria),  
la dispersión de los encuentros,  
el yo, su guiño abstracto, compartido  
siempre por otro (el mismo) yo, las iras,  
el deseo y sus máscaras, la víbora  
enterrada, las lentas erosiones,  
la espera, el miedo, el acto  
y su reverso: en mí se obstinan,  
piden comer el pan, la fruta, el cuerpo,  
beber el agua que les fue negada.  
Pero no hay agua ya, todo está seco,  
no sabe el pan, la fruta amarga,  
amor domesticado, masticado,  
en jaulas de barrotes invisibles  
mono onanista y perra amaestrada,  
lo que devoras te devora,  
tu víctima también es tu verdugo.  
Montón de días muertos, arrugados  
periódicos, y noches descorchadas  
y en el amanecer de párpados hinchados  
el gesto con que deshacemos  
el nudo corredizo, la corbata,  
y ya apagan las luces en la calle  
—saluda al sol, araña, no seas rencorosa—  
y más muertos que vivos entramos en la cama.*

*Es un desierto circular el mundo,  
el cielo está cerrado y el infierno vacío.*

El poeta fue también un ser humano, otra faceta. Un ser que confiesa a su amigo epistolar sus miedos, su sentir, su ser. Durante tres décadas Octavio Paz y el poeta catalán Pere Gimferrer dialogaron —desde 1966 hasta 1997— haciendo de su relato una relación intelectual vertida en amistad. Enlace de dos amigos que, por correspondencia, desnudaron sus almas.

Posdata de la carta de Octavio Paz a Pere Gimferrer escrita el 12 de julio de 1988.

P.D. Ya terminada esta carta y antes de echarla al correo, vuelvo al primer párrafo. Perdóname el pequeño desahogo que vas a leer. Como si no fuese bastante con el desajuste íntimo que experimento apenas regreso a México, debo ahora enfrentarme al pequeño escándalo provocado por el ensayo de Enrique Krauze sobre (contra) Carlos Fuentes. Yo hubiera preferido no publicar ese texto en *Vuelta*. No pude. Lo siento de verdad. Tú me conoces y sabes que lo que digo es cierto. Y no hubiera querido publicar ese escrito apasionado, por dos motivos. El primero: la vieja y sincera amistad que me une (o unía, no sé) a Fuentes. Una amistad desde hace años resignada a sus intermitencias y a sus desapariciones súbitas seguidas por sus apariciones no menos súbitas. El segundo, porque soy enemigo de las querellas personalistas.

Mis polémicas y batallas han sido siempre (o casi siempre) intelectuales o ideológicas. Pero, ¿cómo hubiera podido yo, que tantas veces he defendido la libertad de opinión, negar las páginas de la revista a un escritor mexicano, aparte de que ese escritor es, nada menos, el subdirector de *Vuelta*? La reacción, previsible, no se hizo esperar: varios artículos de desagravio a Fuentes y otros de crítica acerba en contra de Krauze. Naturalmente, no han faltado los renacuajos que dicen —uno ya lo escribió— que se trata de una maniobra inspirada por mí para desacreditar a un ri-

val aspirante al premio Nobel. ¡Qué infames! Jamás he ambicionado ese malhadado premio —es otra mi idea de la gloria— y nunca he movido ni moveré un dedo para tenerlo. Pero este incidente ha hecho más amargo mi regreso. No solamente he perdido a un amigo (inconstante y escurridizo, es cierto, pero también inteligente, generoso y cálido) sino que debo soportar callado las calumnias... Para colmo, regresé en el momento de las elecciones. La incompetencia de los del Gobierno —deberían haber aceptado la derrota del PRI hace dos años, en Chihuahua y en Sinaloa: eso les habría dado autoridad moral y credibilidad, y la antidemocrática intolerancia de los dos partidos de oposición me hacen temer lo peor. Ojalá no perdamos en estos meses próximos los pocos espacios democráticos que habíamos ganado en los últimos años. Y aquí, ahora sí, termino con otro abrazo, Octavio.

Muerte del hombre, vida de la palabra.  
Completud de su vida,  
voz asentada.

Su alma perdió su cuerpo, y mientras el tiempo conserva su paso, la voz que le escucho decir en cada línea de cada libro *«es un comienzo y un fin. Es un eterno comienzo y recomienzo»*.

**Fuentes:**

Periódico *Reforma* (México) Abril y mayo 1998. Abril 1999.

Periódico *El Universal* (México) Abril 1998.

Radio Red (Radiodifusora mexicana) Programa Monitor de la mañana. 19 y 20 abril 1998.

Paz, Octavio. *Obra Poética 1*. Círculo de Lectores, Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. *Travesías: tres lecturas*. Mi casa, mi gente, mi tierra. Decir: hacer. Eros. Biblioteca Sonora de la Literatura. Escritores en su voz. Documentos.

\_\_\_\_\_. *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. *La llama doble*. Seix Barral, Biblioteca Breve. Notimex. (Abril 1998)

---

## EL LABERINTO VITAL DE OCTAVIO PAZ

por Jorge Gómez Jiménez\*

*Todos los hombres,  
en algún momento de su vida,  
se sienten solos.*

OCTAVIO PAZ  
*El laberinto de la soledad*

OCTAVIO PAZ, uno de los intelectuales latinoamericanos más influyentes en la cultura occidental de este siglo, dejó de existir el 19 de abril de 1998, a sus ochenta y cuatro años, después de padecer durante varios meses de una severa afección en su organismo, a causa del cáncer y la flebitis que padecía. Su desaparición no ha hecho otra cosa, sin embargo, que confirmar que los grandes hombres no mueren, en tanto que permanecen activos en la memoria del mundo.

\*Jorge Gómez Jiménez, escritor venezolano nacido y residente en Cagua, Aragua, Venezuela. Editor de las revistas electrónicas *Letralia* y *Lenguaje Binario*.



Fue el presidente de México, Ernesto Zedillo, quien cargó la responsabilidad de dar la noticia al mundo, durante su regreso a México, proveniente de Santiago de Chile, donde participó en la Segunda Cumbre de las Américas. En su declaración, Zedillo se lamentó pues México «ha perdido a su más grande pensador y poeta. Es una pérdida irreparable para el pensamiento y la cultura contemporánea, no sólo de América Latina, sino de todo el mundo».

La Medalla al Mérito Ciudadano le fue otorgada póstumamente por la Asamblea Legislativa de la Ciudad de México. Al acto asistieron Cuauhtémoc Cárdenas, jefe del gobierno de la capital; José Luis Martínez, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua; Eduardo Elizalde, poeta y escritor que recibió la medalla de parte de la viuda de Paz, Marie-José.

Su muerte, sin ser sorpresiva —pues hacía algún tiempo que su estado había agravado—, hirió profundamente el corazón de la literatura latinoamericana. En 1988, Octavio Paz y Carlos Fuentes protagonizaron una polémica que los distanció. Al morir Paz, Fuentes dedicó un extenso artículo a quien definió como «su amigo»: «El gran acierto de Paz fue darle pensamiento a la poesía y poesía al pensamiento. Contagió su prosa de relámpagos metafóricos y su poesía de lucidez discursiva».

Paz había nacido en Mixcoac, México, el 31 de marzo de 1914, y fue llevado a los seis años de edad a Los Ángeles. Con este viaje, la familia se ponía a buen resguardo después de que el revolucionario Emiliano Zapata fuera hecho muerto, pues el padre de Paz, Octavio Paz Solórzano, un abogado —hijo, a su vez, de un político, intelectual y periodista— se convirtió en partidario del revolucionario.

Al regresar a México, Paz se involucra en el movimiento estudiantil por la autonomía de la universidad, actividad rebelde que coincidió con sus primeros pasos en la literatura. *Barandal* y *Cuadernos del Valle* de México fueron las primeras publicaciones que acogieron los textos del bisoño escritor. Los únicos siete números de *Barandal* circularon entre 1931 y 1932, y en ellos Paz publicó los poemas «Preludio viajero», «Orilla», «Nocturno de la ciudad abandonada», «Ética del artista» y «Poema del retorno». En *Cuadernos del Valle* de México, que circuló entre 1933 y 1934, publicó el poema «Desde el principio».

En 1933 publicó *Luna silvestre*, su primer libro de poemas. Habría de esperar hasta 1941 para volver a publicar un libro, que fue *Entre la piedra y la flor*. Ya había estado en Madrid, a donde fue en 1937, durante la Guerra Civil. Había regresado a México en 1938, participando en la fundación del diario *El Popular*, donde fungió de redactor en 1939.

Había creado en 1938 la revista *Taller*, junto con Efraín Huerta. La publicación sobreviviría hasta 1941 y publicaba material de poesía y crítica literaria, constituyéndose, según palabras del mismo Paz, en «el lugar donde se construye el mexicano, y se le rescata de la injusticia, la incultura, la frivolidad y la muerte». *Taller* representó el estandarte de la renovación literaria en México.

En 1943 funda la revista *El Hijo Pródigo*, que sería publicada hasta 1946. Le acompañaron en este proyecto Xavier Villaurrutia, Alí Chumacero y otros escritores. Ese mismo año debe partir a Estados Unidos, enviado por el gobierno mexicano en representación diplomática. Recibe en 1945 una beca de la Fundación Guggenheim y, ya establecido en el Servicio Exterior, llega a Pa-

rís en 1946. Residirá allí hasta 1952, período en el que entra en contacto con el movimiento surrealista.

En 1950, *Cuadernos Americanos* publica la primera edición de su libro *El laberinto de la soledad*: nueve ensayos sobre disyuntivas urgentes del ser mexicano conforman este libro mayúsculo de la ensayística hispanoamericana. En él, proclama Paz: «Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos; y más: todos los hombres están solos. Vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre. La soledad es el fondo último de la condición humana».

En 1952 encontramos a Paz en la India y el Japón. Se nutre de las experiencias orientales. De vuelta a México, funda en 1955 el grupo «Poesía en Voz Alta», con Leonora Carrington, Juan Soriano y Juan José Arreola. En diversas publicaciones establecerá su posición acerca del arte contemporáneo y defenderá las nuevas tendencias artísticas.

A finales de los cincuenta y principios de los sesenta viaja a Europa y vuelve a India como embajador. Renunciará en 1968 como protesta por la «Matanza de Tlatelolco», una sangrienta jornada de represión contra una manifestación estudiantil en México.

Dirige, hasta agosto de 1976, la revista *Plural*. Ese mismo año funda la revista *Vuelta*, que dirigirá hasta su muerte, afianzándola como una de las revistas literarias más importantes de Hispanoamérica.

En 1982 recibió el premio Miguel de Cervantes, máximo galardón de la literatura en castellano. En 1987 recibe el Premio de Poesía T.S. Eliot, en Chicago, y finalmente recibe la mayor distinción literaria existente, el premio Nobel de Literatura, en 1990.

Cuando a finales de 1996 un incendio destruyó su apartamento —perdiendo la mayoría de sus libros y obras de arte—, Octavio Paz empezó a padecer gravemente de varias dolencias relacionadas con el corazón y el cáncer.

Octavio Paz se destacó como excelente poeta y agudo ensayista. Sus poemarios más importantes son *Luna silvestre* (1933), *Entre la piedra y la flor* (1941), *A la orilla del mundo* (1942), *Libertad bajo palabra* (1949), *¿Águila o sol?* (1951), *Semillas para un himno* (1954), *Piedra de sol* (1957), *La estación violenta* (1958), *Salamandra* (1962), *Viento entero* (1965), *Blanco* (1967) y *Ladera Este* (1969). En lo que respecta al ensayo, sus obras capitales fueron la mencionada *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira* (1956), *Cuadrivio* (1965), *Los signos en rotación* (1965), *Corriente alterna* (1967), *Conjunciones y disyunciones* (1969), *Posdata* (1970), *Los hijos del limo* (1974), *Las trampas de la fe* (1983) y *Tiempo nublado* (1983).

---

## OCTAVIO PAZ, UN MEXICANO CON VISIÓN UNIVERSAL

por Pablo Rudomín\*

OCTAVIO PAZ fue, sin lugar a duda, uno de esos espíritus inquietos, buscador de verdades, desafiador de prejuicios, rara especie solitaria en esta jungla que se llama a sí misma civilizada y moderna, pero que aún no encuentra la forma de garantizar la convivencia y la tolerancia social y de evitar los peligros del fundamentalismo intelectual y del racismo irracional.

Hace ya un año que Octavio Paz es mito y leyenda. Su cuerpo ahora forma parte de los árboles y las flores, del aire y de nosotros mismos. Su imagen, sus pensamientos y sus palabras quedaron almacenadas en forma de partículas de carbón depositadas en blanca celulosa, en cintas magnéticas y en discos y memorias digitales. También quedaron en nuestro cerebro como moléculas proteicas y destellos neuronales. Vuelven a la vida cada vez que afloran a nuestra conciencia y se hacen parte de nuestros pensamientos. Existencia virtual, si se quiere, pero no por ello menos importante para los que habrán

\*Presidente en turno de El Colegio Nacional, el 26 de Mayo de 1999.

que sucedernos, que reciben a Octavio Paz como herencia, al igual que han recibido a José Clemente Orozco, Diego Rivera, Alfonso Reyes y a muchos otros miembros de este Colegio Nacional que nos precedieron en este viaje con destino desconocido y a quienes hoy también revivimos en nuestra memoria.

Me corresponde como Presidente en turno de El Colegio Nacional recibirlos en esta su casa para recordar a un gran poeta, a un gran hombre, a un gran mexicano en ocasión del primer aniversario de su fallecimiento.

Misión ingrata, porque me hubiera gustado que esta fuese una ocasión festiva, una oportunidad para celebrar al colega y amigo y no una ceremonia luctuosa.

Nunca en la vida termina uno por decir todo lo que pudo haber dicho, ni de hacer todo lo que pudo haber hecho. Los espíritus creativos viven con la angustia del tiempo perdido, continuamente insatisfechos por no haber podido entender, con mayor profundidad, los laberintos del mundo que les tocó vivir.

No soy yo el más adecuado para hablar de la obra poética y literaria de Octavio Paz, aspecto que seguramente será tratado por Ramón Xirau. Pero sí quisiera referirme, en forma breve, a un aspecto menos conocido del pensamiento de Octavio Paz: su preocupación por la relación entre la ciencia y la filosofía. Esta preocupación se refleja en varios de sus escritos, muy especialmente en el libro aparecido con el título de *La llama doble. Amor y erotismo*, publicado en 1993. En este texto, y a raíz de varias conversaciones que tuve el privilegio de tener con Octavio Paz, algunas en el seno de este Colegio, he encontrado una inquietud suya que comparto a mi manera: él desde una perspectiva más bien humanista, pero con un cuestionamiento agudo sobre las implicaciones filosóficas de los descubrimientos científicos, y yo desde

la posición del científico que siente el interés de asomarse a la filosofía, como parte de una necesidad existencial de entender el mundo que nos rodea, incluyéndonos a nosotros mismos.

En el capítulo titulado «Rodeos hacia una conclusión», Paz comenta, y me gustaría decirlo con sus palabras: «...en su origen, en la antigua Grecia, las fronteras entre la ciencia y la filosofía eran indiscernibles. La separación entre una y otra se consumó con Sócrates que desplazó su atención hacia el hombre interior». «Con el fin del mundo antiguo se precipitó la separación entre ciencia y filosofía y sólo fue hasta el Renacimiento cuando comenzó de nuevo, la unión entre el saber científico y la especulación filosófica. Sin embargo, esta alianza fue transitoria. Las ciencias se hicieron autónomas y cada una se constituyó en un saber separado. La filosofía se transformó en un discurso teórico general, sin bases empíricas, desdeñoso de los saberes particulares y alejado de las ciencias». «El discurso filosófico se volvió en un fin en sí mismo y los espacios que la filosofía abandonaba iban siendo ocupados por la ciencia: del espacio cósmico al espacio interior, de los átomos y los astros a las células y de éstas a las pasiones, las voliciones y el pensamiento».

Hoy, con la estructuración de las ciencias en disciplinas altamente especializadas, presenciamos, a partir de sus propios cuestionamientos, la necesidad de la interdisciplinariedad y de unir nuevamente ciencia y filosofía. Octavio Paz toma conciencia de esta necesidad y propone extender esa interdisciplinariedad a regiones del pensamiento que se apoya en ordenamientos de índole diversa, pero que por lo mismo reclaman una perspectiva de conjunto que no deje cabos sueltos para la reflexión, sea filosófica, científica o política.

En esta empresa, Octavio Paz analiza la intersección actual de la ciencia más moderna y de la más antigua filosofía. Señala textualmente que «las preguntas que hoy se hacen los científicos, se las hicieron, hace dos mil quinientos años, los filósofos jónicos fundadores del pensamiento occidental. Sometidas a la rigurosa crítica de la ciencia estas preguntas que hoy regresan son tan actuales como en los albores de la civilización. Empero, si las preguntas que hoy se hacen los cosmólogos son las mismas del principio: ¿lo son sus respuestas?».

En este sentido Paz indaga. No se conforma con información proporcionada por terceros, sino que se refiere a fuentes tales como. *The first three minutes* de Steve Weinberg, que es un relato de los tres minutos que sucedieron al big-bang. Al respecto, comenta «si todo lo que ha pasado en el cosmos desde hace millones de millones de años es una consecuencia de este fiat-lux instantáneo, ¿qué pasó o qué había antes?», y con ello se adentra en especulaciones filosóficas que lo llevan al análisis del pensamiento religioso.

En su búsqueda de una explicación científica al origen del universo, Paz examina las propuestas de Hawking (*op. cit.* p. 177) quien piensa que, probablemente, antes del big-bang, lo que sería después el universo, era una «singularidad cósmica», una suerte de «agujero negro» primordial. Las singularidades de Hawking recuerdan a Octavio Paz las reflexiones del caos original de los neoplatónicos y escribe: «La gran lección filosófica de la ciencia contemporánea consiste, precisamente, en habernos mostrado que las preguntas que la filosofía ha cesado de hacerse hace dos siglos —las preguntas sobre el origen y el fin— son las que en verdad cuentan. Las ciencias, gracias a su prodigioso desarrollo, tenían que enfrentarse a estos temas en algún momento; ha sido



una bendición para nosotros que en ese momento haya sido nuestro tiempo. Es una de las pocas cosas, en este crepuscular fin de siglo, que enciende en nuestro ánimo una pequeña luz de esperanza».

Más adelante, cuando aborda el tema del origen de la vida desde el punto de vista de la biología, medita sobre los descubrimientos de la estructura molecular del ADN, relatados en el libro de *Crick: Life itself, its Origins and Nature*.

El señalamiento de Crick en que «es casi imposible que la vida sea oriunda de nuestro planeta: hay que buscar fuera su origen» no convence a Octavio Paz, quien discute esta aseveración, que le recuerda la vieja teoría de la panspermia de Arrhenius, y concluye que esto no es más que un intento de trasladar el problema del origen de la vida a otros sitios en el Universo y que la pregunta del origen sigue siendo válida.

Aquí una pequeña digresión. El descubrimiento de la estructura del ADN y el haber encontrado que esta estructura básica se repite en todos los seres vivos de este planeta tiene, a mi juicio, profundas implicaciones éticas y filosóficas que Paz no discute, o al menos no menciona en forma explícita en los textos que he consultado, y que creo constituyen uno de los aspectos más distintivos de este siglo que termina. El saber que no somos tan únicos y especiales como hemos pensado por milenios, sino el producto de un proceso evolutivo iniciado a partir de una molécula primordial que adquirió, a través de millones de años, la capacidad de darse cuenta de su propia existencia y con ello la necesidad de saber y conocer, y de buscar la libertad. A mi juicio, ello nos hace responsables no sólo de nuestro propio destino, sino también del de los otros seres vivos que nos acompañan en esta nave espacial que es la Tierra.

El pisar territorios ajenos, en la dimensión de conocimiento técnico especializado, no espanta el espíritu inquisitivo de Paz. También toca el tema del «azar» en los procesos biológicos, que es el fundamento mismo la evolución y la selección natural (*op. cit.* p. 182). En este contexto, le preocupa que la aparición de la inteligencia humana en el planeta pueda deberse a un accidente y que seamos como lo dice, «Hijos del azar», a la vez que señala «...estamos ante la traducción, en términos de ciencia e historia, de un misterio religioso...»

Ello lo lleva a considerar el surgimiento del pensamiento y la conciencia como consecuencia de la evolución y la selección natural. Cuestiona, en primer, lugar, algunas de las tesis de Mervin Minsky presentadas en su libro *The Society of Mind* (1985) cuando éste asegura que será posible, en el futuro, construir máquinas pensantes. Al respecto Paz señala que, «incluso si la máquina pensante fuese el duplicado de la mente humana, habría de todas formas una diferencia inmensa: la mente humana, no sabe qué es realmente una máquina ni tiene conciencia de serlo. La mente cree en una ilusión, su Yo, su conciencia». También se pregunta: «...¿qué clase de conciencia podría tener una máquina fabricada por un ingeniero? Y agrega: «La máquina pensante de Minsky no tiene preocupaciones morales ni religiosas: elimina el Yo por ser innecesario».

Esto es desde luego materia de discusión. Yo creo que no podemos negar a priori la posibilidad de construir algún día máquinas conscientes y pensantes. Considero, al igual que Gerald Edelman, que la conciencia es un fenómeno emergente, que puede surgir como consecuencia de una serie de condiciones básicas que incluyen cuando menos la posibilidad de recibir, procesar y reaccionar a la información proveniente del mundo ex-

terno, el poseer una gran capacidad de memoria, el poder generar conceptos abstractos y un lenguaje que permita comunicarse con otras máquinas. Creo también que existen niveles de conciencia, desde una conciencia ambigua y difusa como el niño recién nacido, hasta una más compleja y elaborada como en el humano adulto. Creo también que existen distintos niveles de conciencia no sólo a lo largo del desarrollo individual, sino a lo largo de la escala filogenética, por lo menos en los mamíferos, desde los más primitivos como los roedores hasta los más evolucionados como los antropoides y los humanos.

Como quiera que sea, Paz se pregunta si «...para el hombre, el Yo es realmente innecesario...» y si «...¿podemos vivir sin el Yo?» Esta preocupación lo lleva a tratar de entender el origen y sentido de la conciencia, ese darnos cuenta de lo que hacemos y pensamos. La lectura de *Bright Air, Brighth Fire. On the Matter of the Mind*, de Gerald M. Edelman, y del artículo sobre el mismo tema de Oliver Sacks «Making up the mind», publicado en *The New York Review of Books* lo lleva a concluir, aspecto con el que concuerdo totalmente, que «si queremos tener una teoría de la mente tal y como opera realmente en los seres vivientes, tiene que ser radicalmente distinta a cualquier teoría inspirada en la computadora. Tiene que fundarse en el sistema nervioso, en la vida interior de la criatura viva...» y también que «...el modelo debe ser el hombre mismo, ese animal que piensa, habla, inventa y vive en sociedades...», lo que por cierto me recuerda un dicho de Arturo Rosenblueth, que también fue miembro del Colegio Nacional: «el mejor modelo de un gato es otro gato, y de ser posible, el mismo gato».

Otro concepto que le llamó la atención a Octavio Paz y que es en la actualidad uno de los grandes problemas de las neurociencias es el de «propósito e intención». Al

respecto comenta «...si nuestras acciones requieren de un plan» «¿Quién hace el plan de la orquesta neurológica?» (*op. cit.* p. 194), o «¿El Yo es una construcción que depende de la interacción de las neuronas?» Octavio Paz también se pregunta: «...¿Existe conciencia y voluntad en las neuronas? ¿Las neuronas se han puesto previamente de acuerdo? O ¿acaso hay un orden preestablecido que rige las llamadas y respuestas de las neuronas? Todos los planes requieren un planificador. ¿Quién hace el plan de la orquesta neurológica?»

Hace algunos años estas preguntas y comentarios serían terreno exclusivo de la filosofía y de la metafísica. Ahora son dominio de la ciencia y algunas de ellas pueden contestarse, o por lo menos abordarse en forma experimental, sobre todo gracias a técnicas y metodologías no invasivas desarrolladas en los últimos años...

La propuesta que la conciencia es una construcción que depende de la interacción entre las neuronas generó muchas inquietudes en Octavio Paz, ya que según él «...esta posibilidad afecta no sólo al organismo individual, a cada hombre, sino a la colectividad entera. Nuestras instituciones, leyes, ideas, artes y, en fin, nuestra civilización entera están fundadas en la noción de libertad...» Según Paz, «la libertad exige, como la orquesta neurológica, un sujeto, un Yo. Sin Yo, no hay libertad de decisión; sin libertad dentro de ciertos límites, no hay persona humana». Ciertamente ésta es una cuestión que ha preocupado al ser humano desde hace ya muchos siglos y que seguirá siendo motivo de preocupación por muchos más, por ser la base de la estructura social.

En esta breve reseña de algunas de las inquietudes filosófico-científicas de Octavio Paz, he querido reforzar el vigor de su demanda para que las ciencias se hagan ciertas preguntas filosóficas y hasta metafísicas. Todo

esto me lleva a insistir, como lo ha hecho Octavio Paz, acerca de la necesidad de incorporar un mínimo de ciencia en nuestra cultura nacional. Como hacedores de ciencia y de reflexión crítica, es claro que ello debe incluir no sólo los aspectos fundamentales del conocimiento científico, sino también la búsqueda de las vías y los conductos para propiciar y promover el diálogo. Tal como lo escribe Octavio Paz: «El diálogo entre la ciencia, la filosofía y la poesía podría ser el preludio de la reconstitución de la unidad de la cultura. El preludio también de la resurrección de la persona humana, que ha sido la piedra de fundación y manantial de nuestra civilización».

Promover el diálogo y el entendimiento entre los mexicanos es en estos momentos crucial para la vida del país. Es por ello que me gustaría terminar leyendo unas líneas escritas por Octavio Paz en 1978 publicadas en el ensayo titulado «El Ogro Filantrópico».

Paz nos dice: «Creo, que, como los otros países de la América Latina, México debe encontrar su propia modernidad. En cierto sentido debe inventarla. Pero inventarla a partir de las formas de vivir y morir, producir y gastar, trabajar y gozar que ha creado nuestro pueblo. Es una tarea que exige, aparte de circunstancias históricas y sociales favorables, un extraordinario realismo y una imaginación no menos extraordinaria. No necesito recordar que el renacimiento de la imaginación, lo mismo que en el dominio en el arte que en el de la política (y la ciencia diría yo) siempre ha sido preparado y precedido por el análisis y la crítica. Creo que a nuestra generación y a la que sigue les ha tocado ese quehacer. Pero antes de emprender la crítica de nuestras sociedades de su historia y de su presente, los escritores hispano-americanos (y todos los demás agregaría yo) debemos empezar por la crítica de nosotros mismos. Lo primero

es curarnos de la intoxicación de las ideologías simplistas y simplificadoras».

Concluyo esta presentación señalando que la historia nos ha mostrado, una y otra vez, que la ciencia y la cultura no son compatibles con los fundamentalismos ideológicos. El mejor homenaje que podemos hacer a este gran mexicano universal que fue Octavio Paz es esforzarnos en construir un país más democrático y más justo, en donde el diálogo y el entendimiento sean una actitud permanente en todos los ámbitos de nuestra actividad y en donde la búsqueda de libertad se traduzca en mayores oportunidades para entender y disfrutar, sin destruir, esta tierra generosa que el destino nos ha deparado.

---

## OCTAVIO PAZ: «SONREÍR ES APRENDER A SER LIBRES»\*

por Rubén Loza Aguerrebere

PAZ FUE ciertamente un faro de nuestro tiempo. Una voz necesaria. Alguien, como dice Vargas Llosa, de quien no puede hablarse sin decir que el suyo fue el lenguaje de la pasión. De la pasión por la libertad.

Recorriendo con Germán Yanke hace unos años una exposición de documentos de y sobre Unamuno, en la Biblioteca Bidebarrieta, en Bilbao, estuve leyendo unos manuscritos del gran escritor vasco. En una de sus cartas decía Unamuno que, para hablar de algunos hombres numerosos, sobresalientes, bastaba con seguir algunas de sus múltiples facetas, ya que ellas iluminaban, aunque en escorzo, el continente. Pensé que Unamuno estaba hablando de sí mismo, mientras escribía aquella carta que estaba destinada a Paul Grussac, quien se encontraba en Buenos Aires. Mi ambición es, hoy, hablar de Octavio Paz, de cuya muerte se acaban de cumplir (el pasado 19 de abril) cinco años, y buscaré seguir aquel consejo.

\* La Revista Libertad Digital, 23-abril-2003.

Paz fue ciertamente un faro de nuestro tiempo. Una voz necesaria. Alguien, como dice Vargas Llosa, de quien no puede hablarse sin decir que el suyo fue el lenguaje de la pasión. De la pasión por la libertad. Octavio Paz, más que un escritor fue, acaso, un continente. Sus poemas, que cobijan su gloria, al igual que sus ensayos sobre literatura, sobre pintura, sobre la cultura de ayer y de hoy, sobre temas históricos, sociales y políticos, están ahí para demostrarlo. Porque Paz fue, como todo verdadero escritor, un hombre de su tiempo, un vasallo de su tiempo; estuvo adherido a él en cuerpo y alma. Aquello que lo distingue es, justamente, su carácter de intelectual representativo de su época, con una sed de universalidad que no se deja intimidar y que no prescinde de nada, y nada pasa por alto. Ése es uno de los rasgos de su modernidad.

Cierta vez Octavio Paz se preguntó por qué y para quiénes escribía sus libros. Recuerdo que me dijo (lo señalé en una ya lejana y extensa entrevista) que escribir es un oficio que luego se convierte en vocación y acaba convirtiéndose en un destino. ¿Dónde hallaba la respuesta para aquellas preguntas? Decía que, en su caso, podía encontrarlas, primero, en su infancia, y luego en las épocas turbulentas que le tocó vivir, y que padeció con desamparo. Su vida se halla entre guerra y guerra, porque eran la cara más fuerte del asombro. Era, para decirlo con palabras de Malraux, “el tiempo del desprecio”. En otras épocas, el asombro era un espejo del que suele hablarse a gusto, calmamente. Pero luego, aquel liso estanque fue destrozado en varias oportunidades, y ya no reflejaba una sola, sino muchas imágenes, que eran una cifra de la tensión que vivimos.



En 1937 Octavio Paz fue partidario de los republicanos; estuvo en España por primera vez. Golpeado por la “guerra incivil”, como dice Fernando Díaz-Plaja, ello perturbó su sistema ideológico. Y, al terminar 1945, se estableció en París, que dejó indeleble huella en su vida. Octavio Paz seguía con los ojos abiertos los debates entre los filósofos y los políticos, y fue allí donde sintió que estaba verdaderamente en su patria intelectual. Y en el verano de 1949 comenzó a escribir, estimulado por el entusiasmo y el deseo de saber dónde iba a llegar, su famoso libro *El laberinto de la soledad*. Mientras, lee con entusiasmo a Gide, a Váleriy y a Malraux. Por esos mismos tiempos, Stalin, al decir de Paz, “consolidó su tiranía en el exterior y en el interior se tragó a media Europa”.

La amistad entre Paz y Albert Camus, que fue estrecha, se sustentaba en la defensa de la mesura en un mundo de desmesuras, así como en la defensa la duda. Proponerla, como respuesta, revelaba una extraordinaria independencia de espíritu. “Aprender a dudar es aprender a pensar”, decía Paz; y también, “aprender a sonreír es aprender a ser libres”. En México fundaría dos famosas revistas, *Plural* y *Vuelta*, atentas a “los problemas de la vida y la cultura de nuestros días, sin excluir a los asuntos públicos”. Andando el tiempo, fue tildado de “derechista” y de “conservador”, adjetivos ciertamente anticuados, y más aún aplicados a quien, adelantándose a casi todos, percibió en la “perestroika” un camino de libertad. Ya en 1980 vio la crisis soviética. Escribió luego, tras la rápida implosión de la URSS: “La conciencia de la ilegitimidad de su poder debe haber sido abrumadora en los últimos tiempos”.

Obtuvo el Premio Cervantes en 1981, y en 1990 el Premio Nobel. Los galardones hacían justicia con un poeta

mayor y una mente poderosa, libre y en acción. Nacido en 1914, fallecido hace cinco años, le adivinamos hoy un ancho porvenir abierto, ajeno al tiempo de los relojes, porque es dueño de su inmortalidad.



# Entrevistas

---

## RESOLVER LO ECONÓMICO Y LO POLÍTICO PARA ARRIBAR AL SIGLO XXI CON MÁS SEGURIDAD\*

por Anthony Day y Sergio Muñoz

OCTAVIO PAZ ha hecho más que cualquiera en el siglo xx para definir al pueblo de México. Ha delineado sus rasgos a lo largo de más de 50 años de poesía. Ha celebrado a Rufino Tamayo y sus demás pintores modernos, e iluminado los rincones largos y oscuros del México colonial. Y en el ensayo del tamaño de un libro, *El laberinto de la soledad*, creó la piedra de toque mediante la cual tanto mexicanos como extranjeros valoran al México moderno.

A finales del invierno, poco antes del cumpleaños 81 de Paz, nos trasladamos a la Ciudad de México para charlar con él. Queríamos ver el México confuso a través de sus ojos. Y queríamos saber cómo estaba. Sabíamos que

\**La Jornada*, 12 de mayo de 1995.

Traducción: Merry Mac Masters

Nota: Entrevista publicada en su versión original en el suplemento Los Ángeles Times Magazine del periódico *Los Ángeles Times* el pasado 30 de abril, quien autoriza su publicación en *La Jornada*.

(Ellos publicaron la entrevista con el título de «Conversación con el alma de México”).

había sufrido problemas cardíacos que lo obligaron a una operación by-pass cuádruple o quíntuple (sólo su doctor y su esposa saben cuántos) en Houston. (El alto costo del cuidado médico en Estados Unidos «casi me arruinó», dice Paz). Cuando uno de nosotros lo vimos casi un año antes, se veía cansado a causa de sus problemas cardíacos, y algunos mexicanos nos habían dicho que ahora se veía todavía peor, una condición difícil de imaginar en un escritor tan lleno de pasión y fuerza durante tantos años.

Lo encontramos en su condominio de tres niveles en un edificio tranquilo de la década de los cincuenta a un lado del ruidoso y grandioso Paseo de la Reforma. Su esposa por 31 años, Marie-José, nos recibió en la puerta. Nos condujo abajo por una escalera y hacia una sala decorada con esculturas de la India y africanas, a través de un patio frondoso y abierto al cielo, y en dirección de la biblioteca amplia y llena de libros que ella misma mandó construir para su marido.

Fue con alivio y placer que encontramos al hombre cálido, sonriente y de ojos resplandecientes que ambos recordábamos de años anteriores —un poco encorvado, sí, pero no menos alerta, no menos interesado en hablar de historia y política, amor y erotismo y (sus dos grandes temas): la poesía y México.

Eran las seis de la tarde; Marie-José había colocado sobre la mesa del centro una botella de Oporto, algo de whiskey, pequeños emparedados y galletas. Se retiró para dejarnos hablar.

Tanto en México, como en Latinoamérica y España, un escritor goza de una posición como comentarista público, inconcebible en la vida moderna de Estados Unidos. Allí, un hombre de letras —y Paz, con todos sus intereses, es evidentemente eso— es también un hombre de asuntos públicos. Le preguntamos por México, la recién-

te conmoción política, la crisis financiera. El peso que había estado deslizándose diariamente.

«La política es un arte, no es una ciencia... la historia está sujeta al accidente», dijo Paz, al modo de un aviso oblicuo, con una crítica suave a los jóvenes tecnócratas gobernando México y a los forasteros inversionistas —ambos grupos empeñados en arrancarlo de sus capas históricas y moldearlo en un estado capitalista moderno y eficiente—. «Estamos pasando por un periodo muy difícil, pero no es el más peligroso, como algunos periodistas han dicho». Lo suficientemente viejo para recordar una niñez en el exilio debido a las actividades revolucionarias de su padre, Paz echa muy atrás su mirada, remontándose décadas, incluso siglos.

«El proceso de gestación ha sido largo y complicado, con conexiones entre problemas políticos y problemas económicos. A corto plazo, la situación se ve mal. Si no resolvemos el problema financiero, entonces se puede convertir en una gran crisis económica que podrá crear inestabilidad social. Pienso que si podemos resolver parte del problema económico y parte del problema político, podemos llegar al siglo XXI con mayor seguridad».

Paz habló de las complejidades de la historia de México con el fin de iluminar las dificultades de modernizar su país. Aunque su cara fuerte y bien parecida se ha suavizado con el tiempo, su voz y actitudes reflejaron pasión al hablar de su país. «México tuvo una civilización antes de la llegada de los españoles. Los indígenas mexicanos fueron constructores de grandes ciudades; tuvieron religiones y una moral muy complejas. Ese mundo fue destruido en aquel gran encuentro entre dos civilizaciones, y la civilización occidental destruyó la civilización indígena. Pero hay muchos recuerdos, muchos elementos sobrevivientes —desde la cocina hasta el idio-

ma y las ideas acerca de la familia. Estos elementos han sido muy persistentes, y tenemos algunos grupos que no han sido totalmente incorporados al México moderno, como es el caso de Chiapas».

El que los norteamericanos no entiendan a México sólo complica la situación, dice Paz. «Este nuevo ataque a México coincide con los triunfos electorales de los grupos populares de derecha. Este nuevo grupo está reviviendo el viejo nacionalismo norteamericano que es racista y aislacionista y muy peligroso. Es peligroso no sólo para México, sino para el mundo entero y para Estados Unidos. Los norteamericanos no deberían enojarse tanto con México, porque estamos condenados a vivir lado a lado».

La tarea por adelante no es fácil, dijo, porque nada garantiza que las cosas mejorarán. «El sistema de libre mercado produce injusticia. Es un mecanismo, y como todos los mecanismos, con eficiencia produce bienes y también ‘con eficiencia’ produce pobreza, desempleo y desigualdad social. Este ha sido el gran problema del siglo xx. Debemos encontrar otra manera de resolver esa contradicción entre el mercado mercantil y la justicia social».

Los puntos de vista de Paz son de sobra conocidos para los mexicanos, quienes lo describen entre pedante, lúcido, impaciente, autoritario, colérico, democrático y conservador. Reconocimiento internacional —incluido un Premio Nobel— por su obra literaria le ha dado acceso a un gran público doméstico que, a lo largo de los últimos 50 años, ha seguido sus comentarios culturales y políticos en periódicos, sus propias revistas, y en la televisión. Patriarca indiscutible de las letras mexicanas, tiene en su poder el hacer la carrera de un joven escritor, o cambiar el tono de las discusiones políticas del país.

Y al trabajar la tensión entre la política y la literatura, amplía el alcance de ambas, aun a expensas de contradecirse. «Espero que todavía haya una contradicción entre mis ideas políticas y estéticas», dijo, con risa ahogada, «porque si no hay contradicción, no hay vida, ¿verdad?».

Habíamos ido a ver al escritor mexicano y erudito Carlos Monsiváis, llamado por algunos como la conciencia del país —el I.F. Stone de México—. Más a la izquierda que el centralista Paz, Monsiváis ha escrito extensamente tanto de la cultura popular como de la poesía mexicana. «Paz —dijo Monsiváis— es un gran poeta porque va desde la retórica elevada de los poemas tempranos al esplendor autobiográfico de *Piedra de sol* y *Pasado en claro*». Pero —agregó— «la visión de México que Paz ofrece en *El laberinto de la soledad* no tiene paralelo en su agudeza y profundidad».

El libro encierra a la vez una visión devastadoramente crítica de los compatriotas de Paz, un análisis lúcido de la historia de México y una búsqueda autobiográfica de un autor al encuentro de su camino a partir de una sensación de soledad hasta aquel momento de comunión perfecta llamada amor.

Paz publicó *El laberinto de la soledad* en 1950, mientras vivía en Francia, y su examen de los mexicanos y su historia creó una manera de ver y pensar acerca de México marcada en la sensibilidad mexicana. Sus discernimientos se han vuelto clichés. En México al estudiante principiante se le dice que de poder leer un solo libro acerca de México, sería ése.

¿Qué dice? Dice que los mexicanos viven detrás de una máscara de su propia creación y están, al final, siempre solos. Dice que para los mexicanos, hay dos tipos de mujeres: la Virgen de Guadalupe, la madre de todo y la



protectora de los pobres e indefensos, y la seductora/puta, la chingada. Dice que para todos los compatriotas, hay un solo tipo de hombre, el macho, quien tiene que salirse con la suya. Y dice que en los mitos y fiestas, en el arte, en el amor, en la poesía, en el teatro y en las epopeyas, existe, tanto para el mexicano como para toda la gente, aunque por corto tiempo, el escape de la soledad.

El párrafo que abre el segundo capítulo del libro, «Máscaras mexicanas», ofrece una buena muestra de su estilo de prosa elegante y vívido: «Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arcos iris súbitos, amenazas indescifrables. Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: ‘al buen entendedor pocas palabras’. En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también, de sí mismo».

«El objeto de nuestra reflexión —escribió Paz en *El laberinto*— no es diverso al que desvela a otros hombres y a otros pueblos: ¿cómo crear una sociedad, una cultu-

ra, que no niegue nuestra humanidad pero tampoco la convierta en una vana abstracción?».

Así, «la soledad, el sentirse y el saberse solo, desprendido del mundo y ajeno a sí mismo, separado de sí, no es característica exclusiva del mexicano. Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos».

Casi medio siglo después de haber escrito estas palabras, Paz cree que ellas «siguen siendo verdaderas. No son ni pesimistas ni positivas, términos que no me gusta emplear». Agrega, sin embargo: «Creo que México por fin se está sobreponiendo a la gran crisis iniciada en el siglo XIX. Se está volviendo un país verdaderamente moderno. Veremos si lo logramos o no. Ésta es la gran pregunta para Latinoamérica».

---

## EL PERIODISMO ES LITERATURA A ALTA VELOCIDAD\*

por Anthony Day y Sergio Muñoz

EL DRAMATURGO Hugo Hiriart, quien con frecuencia habla con Paz sobre temas tal como la naturaleza de los sueños y el dominio de la imaginación, habló con nosotros en su confortable casa en el sector colonial de San Ángel.

Cuando Paz «era adolescente», dijo Hiriart, «decidió que sería uno de los grandes poetas del mundo. Así que se fue de México, se mezcló con las mejores figuras literarias en Europa y Estados Unidos y se volvió el poeta mejor conocido de México». Las vidas, como la historia, están sujetas al accidente y lo inesperado, pero ciertamente, muy pocos poetas norteamericanos forjaron su arte y sus carreras tan deliberadamente como Paz. De manera que encauzamos la conversación hacia la poesía.

Habíamos supuesto que la obra de Paz, al igual que el pensamiento de tantos compatriotas suyos, estaba influenciada en su mayor parte por Francia y lo francés. Eso es cierto, con particular influencia del poeta Guillaume Apollinaire y de André Breton y los surrealistas.

\*Traducción: Merry Mac Masters.

«Yo acostumbraba reunirme en el café con Breton, Max Ernst, Joan Miró y muchos otros jóvenes poetas y escritores», dijo Paz. «Yo no creía mucho en la poética de los surrealistas ni en la ‘escritura automática’, pero deseaba unir la poesía y la revolución, y eso era, junto con sus ideas acerca de la libertad, lo que me atraía de ellos, aunque siempre tuve mis reservas. No tanto acerca de la moralidad o la política, sino en cuanto a la estética».

No sabíamos del profundo cariño que Paz guardaba hacia los poetas norteamericanos modernos, o lo mucho que le había impresionado de joven *The Wasteland* (Tierra baldía), de T.S. Eliot. Se inclinó hacia adelante y depositó su taza de té en la mesa. Sus ojos se animaron y las palabras empezaron a brotar rápidamente.

«Leer *Tierra baldía* fue una especie de revelación. Era muy joven, y de alguna manera (Eliot) expresaba lo que yo sentía acerca de la civilización moderna. Yo era bastante izquierdista, y él fue un hombre religioso y muy conservador. Sin embargo, yo aprobaba su repugnancia por la vida moderna, la degradación de la humanidad a través de la homogenización del alma. De alguna manera, coincidió con mis propias ideas acerca de los tiempos. Él fue un poeta que introdujo la historia en la poesía. Yo fui educado en la tradición simbolista y surrealista, donde el poema era algo muy subjetivo, algo que le sucede al poeta... para mí, la gran novedad, primero en Eliot y luego en otros poetas norteamericanos (Ezra Pound, William Carlos Williams), fue la introducción de la realidad histórica de nuestro tiempo... con la historia de la civilización occidental... Y eso, para mí, fue el gran descubrimiento de la poesía norteamericana... no sólo tratar con cosas subjetivas, sino temas universales».

La técnica empleada por Eliot también era interesante, explicó Paz. Modelado en parte después de Apolli-

naire, quien a su vez tuvo como inspiración los pintores cubistas, «Eliot presentaba simultáneamente diferentes aspectos de la vida en la ciudad moderna». Ésta es una técnica que el mismo Paz utilizó con grandes resultados en sus cuatro largos y poderosos poemas, escritos entre 1969 y 1976 y reunidos en *Vuelta*, 1976. En el poema principal, también llamado «Vuelta», Paz escribe, con ecos de Eliot:

*Camino sin avanzar estoy rodeado de ciudad  
Me falta aire me falta cuerpo*

Paz no escribe en la tranquilidad de su biblioteca, que prefiere utilizarla como un lugar para recibir a los amigos y conducir negocios. «Escribo en un pequeño cuarto cerca de la recámara», dijo, mezclando palabras en inglés, francés y español, sacudiendo su cabeza negativamente cuando pedimos verlo. Obviamente celoso de su intimidad, no quiso llevarnos allí, porque eso hubiera significado ver su recámara. Sin embargo, nos confió que escribe con una pluma y papel: —No se puede escribir poesía en una computadora.

Escribe, entrega su trabajo a una secretaria, quien lo mecanografía; escribe a mano sus correcciones y le regresa las hojas para mecanografiar de nuevo.

No tiene un horario fijo, dijo. Piensa en una idea durante mucho tiempo; luego, «una vez que me siento a escribir, lo hago muy rápido».

No fue ningún accidente que, de joven, este escritor mexicano fuera atraído por poetas quienes se ocuparon no sólo de temas personales y subjetivos, sino también universales.

Octavio Paz nació en la Ciudad de México en 1914. Su abuelo fue un intelectual/periodista/político. Su pa-

dre, Octavio Paz Solórzano, un abogado, se metió a la política y se convirtió en un partidario del revolucionario Emiliano Zapata. Su madre, Josefina Lozano, fue hija de inmigrantes españoles. En 1920, después de que el gobierno mexicano mató a Zapata y persiguieron a sus seguidores con una determinación sangrienta, la familia de Paz se trasladó a Estados Unidos, estableciéndose en Los Ángeles, donde el padre de Octavio había trabajado como el representante del líder revolucionario.

En Estados Unidos, el joven Octavio tuvo una de las experiencias determinantes de su infancia, a los seis años, en el jardín de niños. Su inglés no era fluido. Su maestro se fijó que no estaba comiendo su lunch. Le preguntó por qué. «Cuchara, cuchara», dijo, repitiendo la palabra en español. No sabía decirlo en inglés. «¡Cuchara! ¡Cuchara!», molestaron los niños norteamericanos. Y acabó peleándose. Ésta fue una de las tres veces en su infancia —escribió en su esbozo autobiográfico Itinerario— cuando se sintió totalmente solo, abandonado. «Tal vez», escribió, «todo lo que he escrito sobre mi país no ha sido otra cosa sino una reacción a tres experiencias de desamparo infantil».

Otra de las experiencias: de regreso a México, Paz se sintió, de nuevo, fuera de lugar; solo. Y fue molestado, esta vez —con su conocimiento del inglés, sus ojos azules, piel blanca y pelo castaño claro— por ser un «gringo».

Sin embargo, su experiencia más temprana de abandono, y la más extraña, vino, dice, cuando tenía tres o cuatro años. «Yo me percibo, tal vez debo decir que veo una figura borrosa, un bulto pueril, perdido en medio de un enorme sofá circular, tapizado en seda gastada, justo en medio del cuarto... hay una fiesta en la casa pero el pequeño bulto llora y nadie viene. El bulto llora. Ha

estado llorando durante siglos, pero nadie lo oye. Está perdido en un mundo que es, al mismo tiempo, familiar y distante, íntimo e indiferente.... no recuerdo nada más».

«Lo más probable es que mi madre haya acudido a consolarme: las mujeres son la puerta hacia la reconciliación con el mundo».

Paz habló con suavidad en inglés, el cual es fluido, sólo vacila de vez en cuando. Ha enseñado en Harvard, la Universidad de Texas y la Universidad de Cambridge, Inglaterra. De vez en cuando, los ocho gatos de Paz maullaron y maullaron en el patio. «Imagínense» Marie-José había proclamado, «ocho gatos, cada uno con nueve vidas!».

A partir de aquella visita infantil a Los Ángeles, Paz pasó mucho tiempo en Estados Unidos. Llegó a ese país en 1944 con una Beca Guggenheim y se quedó dos años, trabajando en el periodismo, enseñando en Middlebury College, en Vermont, y trabajando de repente aquí y allá.

El periodismo «fue una buena preparación para mí», dijo, «porque el periodismo es literatura a alta velocidad».

Otro ejercicio comprendió el doblaje al español de películas de los estudios MGM (en Nueva York). «Fue interesante, porque intenté muchos experimentos al seguir el movimiento de los labios y encontrando palabras que sincronizaban. Siendo un poeta, pude encontrar algunos ritmos y hacer las frases más lacónicas».

De aquellos años Paz dijo: «Históricamente ese fue un gran momento para Estados Unidos. Era el final de la guerra, y encontré a la gente llena de energía, también había algunos puntos negativos, había discriminación. Pero la cultura era muy vigorosa, e inauguraba una nueva era en la historia universal». Encontró a los norteamericanos «tan directos y abiertos, es es un gran mérito

de los norteamericanos... pero a veces es muy difícil hablar con ellos porque sus orígenes son muy diferentes a los nuestros. Nuestros antecedentes intelectuales y existenciales son muy diferentes. Pero, de superar ese choque inicial, puede ser maravilloso».

En Los Ángeles, conoció a los «pachucos», los Zoot Suiters, y escribió sobre ellos. Su imagen del pachuco no gustó a los chicanos, quienes la encontraron condescendiente y francamente insultante. Le preguntamos al respecto; dijo haber oído de las quejas, pero no las justificaba. «Sentí atracción por este grupo de gente joven que estaba en rebelión. Su rebelión no fue ideológica ni política. Era una rebelión de cómo comportarse y vestirse. De alguna manera, para mí, era una rebelión moral y estética. La estética es una de las armas de aquella gente que ha sido derrotada. Yo era mexicano y tenía las mismas raíces. Para mí, eran víctimas».



---

## MÉXICO HA PASADO MOMENTOS PEORES; SE IMPONDRÁ LA VOLUNTAD DE SER

por Angélica Abelleira

EN DOS noches seguidas que encabezó para comentar los tomos VII y VIII de sus *Obras Completas*, Octavio Paz se hizo al propósito de no emitir palabra alguna. Sin embargo, al término de la presentación ayer de su libro sobre historia y política, *El peregrino en su patria*, no resistió la tentación de hablar sobre México y los momentos «difíciles» de hoy: «Hemos pasado momentos peores y creo que al final está la persistencia de los mexicanos, esta voluntad de ser se impone. Lo que me conmueve de mi país es su voluntad de permanecer. Los mexicanos no debemos preocuparnos por saber el misterio de nuestra historia. Lo que debemos hacer es conservar esta voluntad, esta perseverancia y, claro, nuestra capacidad para inventar otro México».

El poeta acudió a la Casa de los Azulejos, para escuchar desde la primera fila los comentarios de Enrique Krauze, Rafael Segovia y Fernando Pérez Correa sobre este libro que compila los escritos a lo largo de medio

siglo de Paz sobre el México de la antropología, la historia, la moral y la política.

«Cuando uno escribe no se da cuenta exactamente de lo que está haciendo. Aquellos autores que digan que son los dueños de lo que escriben, tienen ilusiones excesivas acerca de los poderes misteriosos de la palabra. La palabra siempre va más allá de las intenciones del autor, sobre todo si ese escritor es un literato y quiere ser un poeta. En el caso de los historiadores y sociólogos (como los aquí reunidos) es más fácil para ellos controlarse. Yo no puedo. Escribí *El laberinto de la soledad* en momentos de soledad también, con un plan vago que finalmente no cumplí en totalidad, en una situación anímica y emocional muy intensa. después, todo lo que he escrito ha sido una reflexión sobre mis circunstancias. Para mí la poesía ha sido siempre la respuesta a las circunstancias y he hecho mía la fórmula de Goethe, de que no hay más poesía que la de circunstancias», comentó el Nobel de Literatura, ante un auditorio acalorado en un saloncito que a todos parece decorado como un pastel.

Esa condición circunstancial, Paz la traslada también a sus ensayos.

Mis escritos, delineó, son circunstanciales, críticos, apasionados. «Tratan de develar, descifrar una realidad, sobre todo descifrarme a mí mismo. No es obra científica, es obra de escritor que quiere conocer el mundo que lo rodea para conocerse a sí mismo y poder dialogar con ese mundo».

El cierre de Paz tuvo como respuesta los aplausos.

Antes, el historiador Enrique Krauze ofreció una especie de biografía política del escritor de 81 años, «más vigoroso que su abuelo, tan rebelde y revoltoso como su padre, que sigue en la trincheras con un siglo de experiencia y ve a México en un mirador patriarcal», leyó para

continuar: «Sus contemporáneos se han ido, sólo queda él. Pero no está solo. Su vida ha sido una metáfora de la tradición. Su obra es un milagro. En ella comulgan las generaciones de México».

El autor de *Biografías del poder* había hecho una emotiva disertación sobre un autor que con 35 años era ya «un buzo en las aguas subterráneas y superficiales de México» y «un alquimista en busca de la sustancia» del país, a través de ese «libro revelador» y «autobiografía tácita» que es *El laberinto de la soledad*.

Habló del abuelo Irineo y del padre don Octavio; el primero, un liberal que siempre tuvo como temas la libertad y el poder; el segundo, un revolucionario detrás de la justicia y la igualdad. Sobre el poeta presente en Sanborn's de Madero, dijo que «será siempre un hijo de la revolución Mexicana» que ha ido hacia ese movimiento a través del acto poético.

Más adelante, Krauze descifró las actuaciones de Paz como diplomático, las cartas que envió a Carrillo Flores (inéditas) para reprobear la política mexicana respecto al movimiento estudiantil del 68, y las críticas e «incomprensión» de la izquierda mexicana ante su postura contra el «mito sangriento de la revolución comunista».

En la lectura lo antecedió el escritor Fernando Pérez Correa, quien advirtió algunos puntos nodales en la reflexión de Paz: la democracia es el medio para echar a andar a la Nación, para devolverle su libertad de acción».

Después, Rafael Segovia hablaría del «misterio» que otorga toda su fuerza a *El laberinto de la soledad*, «un libro paradigma» en el que circulan la inteligencia y la libertad.

---

## TOLEDO, ARTISTA DE EXTREMA MODERNIDAD Y DE EXTREMA ANTIGÜEDAD

por Angélica Abelleira y Braulio Peralta

DICE Octavio Paz que todavía espera «la media hora favorable», el momento propicio de inspiración para escribir sobre Francisco Toledo, Vicente Rojo y de otros pintores ausentes en su vasto ejercicio literario sobre el arte contemporáneo.

Sin embargo, antenoche habló con *La Jornada* en torno del creador juchiteco: «En París me entusiasmó su aparición. Tuvo algo de milagroso en el mundo de aquellos años. Su pintura me gusta mucho. ¿Cómo definirlo? Diría una banalidad. Preferiría escribir algo, que decir opiniones de tipo periodístico. ¿Compararlo con (Rufino) Tamayo o cosas así? No. Es un temperamento de una gran originalidad».

«Estábamos hablando de las relaciones del mundo antiguo, del mundo precolombino con ciertos artistas mexicanos, no con todos.

»Yo creo que los muralistas, sobre todo (Diego) Rivera, tenían una comprensión intelectual, pero no profunda y emocional como la que tuvo Tamayo. En el caso de

Toledo son más visibles la extrema modernidad de Toledo y la extrema antigüedad de Toledo; además él se mezcla con su interés por los artes primitivos de otras culturas, no sólo de la mexicana».

Aunque de manera escueta, esta es la primera vez que el Nobel de Literatura se refiere públicamente a Francisco Toledo.

En su volumen *Los privilegios de la vista II*—que compila 50 años dedicados a escribir sobre pintura, escultura, arquitectura y las formas y estilos que han marcado el arte mexicano desde la antigüedad y hasta nuestros días— la de Toledo es una de las omisiones más notables en su ejercicio crítico.

En la restaurada Casa de los Azulejos, durante la presentación del tomo VII de las Obras Completas del poeta, publicadas por el Fondo de Cultura Económica (FCE), la historiadora Teresa del Conde y el pintor Miguel Cervantes coincidieron en lamentar la ausencia de varios creadores mexicanos en *Los privilegios de la vista*. Entre ellos, Francisco Toledo.

Poco después, ante el micrófono, Octavio Paz respondería: «Lamento muchísimo no haber hablado como debería de haber hablado de Toledo, de Vicente Rojo y de varios pintores. No he tenido esa media hora de inspiración para escribir sobre ellos. Para mí —agregó— el ejercicio de la crítica nace del entusiasmo. Pero ese entusiasmo tiene que coincidir con ciertos momentos propicios. La palabra inspiración está quizá demasiado gastada, pero tiene que ver con eso».

Apenas una semana antes (jueves 4 de mayo), en un suplemento alrededor de Francisco Toledo publicado en este diario, el artista oaxaqueño recordaba el apoyo que Octavio Paz y Rufino Tamayo le habían brindado durante su estancia en París en los años 60. Dijo: «En París

conocía Tamayo y a Octavio Paz. Los dos fueron muy importantes y bondadosos porque me apoyaron para quedarme [...] Recién llegado, gracias a Octavio Paz entré a la Casa de México. además, frecuentaba su casa adonde nos juntábamos con Nieto (Rodolfo); hablábamos del amor y la nostalgia. Me acuerdo más o menos que Paz me dijo una vez: "Toledo ¿y si por valija diplomática mandamos a traer una iguana estará usted más contento?". Eso era un chiste pero, lo cierto, es que estar lejos a veces resulta pesado».

Con la presencia del poeta Aurelio Asiain, del moderador Danubio Torres Fierro, de Teresa del Conde y Miguel Cervantes, transcurrió la noche del jueves para comentar *Los privilegios de la vista II*, título del volumen que enmarcaba la mesa del estrado, entre logotipos del Fondo de Cultura Económica y Sanborn's.

La acalorada sala, con sillas en extremo juntas, nunca llegó a verse colmada al tope, como sucede en cada presentación pública de Octavio Paz, quien esta vez se colocó en primera fila, al lado de su esposa Marie-José y de Miguel de la Madrid Hurtado, director del Fondo.

A sugerencia del moderador (que no lo fue tanto), Octavio Paz accedió a decir unas palabras al final de la sesión.

«Agradezco mucho la invitación pero realmente no había preparado nada. Quizás pudiera referirme a las omisiones que han señalado. En efecto, la más importante es la de la pintura novohispana. La verdad es que me siento muy distante de esta pintura. En cambio, le dedico unas páginas entusiastas tanto a la arquitectura del siglo XVI como a la del XVII y XVIII», puntualizó para luego hablar de las ausencias de Toledo y Rojo, comentadas al inicio de la nota.

Para finalizar, el ensayista abundó sobre el tema central de *Los privilegios de la vista*: la tradición de la modernidad, la conquista de la modernidad que es la conquista de la libertad, tema que había punteado Asiain en su texto.

Y añadió Paz sobre el asunto: «La historia del arte de México es parte de la historia de las tradiciones, recreaciones, respuestas polémicas que hemos hecho los mexicanos hacia el mundo exterior y a las artes de fuera. Ésta creo que es la historia del arte mexicano y probablemente del arte de todo el continente americano sin excluir a Estados Unidos que, entre paréntesis, al principio y muy iniciado el siglo xx, fue mucho más débil que nosotros y no pudo oponer a la fascinación europea sino una imitación. En cambio, México ha establecido un diálogo polémico con el arte europeo».

Antes del comentario y del cóctel con canapés, muy mexicanos, se habían sucedido los comentarios de Miguel Cervantes, Teresa del Conde y Aurelio Asiain, de quienes Paz destacó la «penetración», «ironía» y «espíritu luminoso», respectivamente.

En primer término, Cervantes dijo que la publicación está ajena al ánimo enciclopédico. «Es un libro del gozo de ver, del gozo del lenguaje y la reflexión», puntualizó al referirse a los supuestos de Paz en relación al arte precolombino y a los pintores Hermenegildo Bustos, José María Velasco y José Clemente Orozco, entre otros.

En segundo término, vino la improvisada participación de Teresa del Conde al destacar que en todos los libros de arte contemporáneo en el mundo «no cesa la mención de Octavio Paz», y aplaudió la «disposición» del Nobel a abordar a algunos artistas eludidos hasta el momento, como Toledo.

Para cerrar, Aurelio Asiain apuntó que el volumen no surge del azar sino de la voluntad de la forma, por lo que se constituye en un libro alrededor del «enigma de cómo es México y sus formas», y en cuyo texto, dijo, hay un poema inédito dedicado a Marie-José.



---

USEN EL ADJETIVO O ETIQUETA QUE QUIERAN,  
PERO NO «CONSERVADOR»\*

por Anthony Day y Sergio Muñoz

HABLAMOS primero con Octavio Paz un viernes. Ese mismo fin de semana nos quedamos en una vieja hacienda azucarera del Valle de Morelos, al otro lado de las montañas de la ciudad de México, y más allá de Cuernavaca. Allí nos dijeron que hasta un portero anciano hablaba de irse a California. No había oído de la Propuesta 187, pero al enterarse dijo que no le importaba. «Justo hace una semana —comentó— cien hombres de Tetecala (un pueblecito cercano) se fueron a buscar trabajo en el norte».

El peso se deslizó un poco más el día que regresamos a la ciudad.

Paz dijo: «Es injusto, aunque natural y humano» lo que se ha hecho del ex presidente Carlos Salinas de Gortari: un «chivo expiatorio» de la presente crisis financiera. «Salinas fue un hombre muy valiente en cuestiones de economía. Hizo lo correcto al liberar la economía del control estatal». En el México colonial, la riqueza del país

\*Traducción: Merry Mac Masters.

era propiedad del Estado. A partir de su independencia en 1821, la economía vino a depender más y más del Estado, y todavía mucho más a raíz de la revolución de 1910-1921. «Por último, la influencia marxista hizo al Estado más y más poderoso. Salinas rompió esta tradición de una vez por todas» mientras intentaba modernizar el país.

El PRI —añadió—, creado para ser «un partido moderadamente autoritario, a veces me recuerda el Partido del Congreso de la India. Serán muy diferentes los partidos, pero la función es la misma: mantener la cohesión y la unidad en países donde las fuerzas centrífugas son muy poderosas».

Queríamos hablar más con él acerca de su propia política. «Hagan lo que hagan con la entrevista», nos diría más tarde, «no me llamen un conservador». Su petición reflejaba lo que sabíamos de su historia política.

Como es costumbre en un intelectual mexicano, Octavio Paz empezó como un escritor de la estética. En su juventud, el fascismo había oscurecido Italia y se estaba revelando de manera aún más aterradora en Alemania. A muchos intelectuales de todo el mundo, el marxismo los atrajo con la embriagadora tentación del antifascismo, y Moscú era visto como un faro de justicia. En España, los fascistas, guiados por Francisco Franco, intentaban, con ayuda alemana e italiana, derrocar a la república española sostenida por Moscú. En 1937, cuando a los 23 años ya era un poeta publicado, aceptó la invitación del chileno Pablo Neruda y del español Rafael Alberti, para asistir a la Segunda Conferencia Internacional de Antifascistas en España.

A su regreso se ocupó de lo que describe como su «actividad política más intensa». Trabajó con refugiados españoles republicanos en periódicos literarios y políti-

cos. Para ese entonces había comenzado a alejarse del cómodo izquierdismo que practicaban sus compañeros escritores de América Latina. En España «los comunistas habían empezado a hacerme dudar». Pero a su regreso había cooperado con ellos: «yo todavía era un compañero de viaje». Sin embargo, poco a poco, influenciado por eventos, como el pacto soviético-nazi de no agresión en 1939, el asesinato de León Trotsky en México ordenado por Stalin en 1940, empezó a alejarse, y ya para 1943 había renunciado al periódico izquierdista.

Paz tenía treinta y tantos años y estaba en plenas facultades creativas. Vivió en Francia, visitó la India y Japón, luego regresó a México en 1953 después de residir nueve años en el extranjero. Fue, explica, «una verdadera gestación, sólo que en reversa: afuera en vez de adentro de mi país de nacimiento».

Al término de aquella estancia fuera de México había separado los hilos entrelazados de la poesía y la política. «Fue antes de 1950 que yo había cambiado de idea respecto a la noción de que la poesía era un arma para la revolución. Pero también descubrí que la idea de la poesía como la personificación de la revolución era absurda. En aquel entonces también llegué a la conclusión que la revolución en la URSS había sido una gran catástrofe».

Algo nostálgico, expresó: «estuve muy aislado en México aunque tenía muchos amigos disidentes de la izquierda». La ruptura de Paz con los comunistas, antes que otros intelectuales de América Latina, no se dio sino hasta fines de los años setenta. Cuando rompió, la izquierda reaccionó furiosa. «Conservador», ese adjetivo que odia, fue el más moderado de las etiquetas que le lanzaron sus miembros. Incluso, fue acusado de ser un operativo de la CIA. Y la izquierda todavía no le ha perdonado los pro-

gramas que posteriormente hizo para la servil y progubernamental cadena de televisión, Televisa.

Pero, a pesar de los insultos, a menudo rasgo de las políticas intelectuales mexicanas, Paz nunca ha sido un hombre de derecha. Después que el Ejército disparó y mató a un gran número de estudiantes que se manifestaban en la Plaza de Tlatelolco de la ciudad de México, renunció como embajador en la India, en protesta contra el gobierno. Y en ese instante, se convirtió en un héroe en México, venerado por jóvenes y respetado por aquellos que no sólo desaprobaban la represión militar sino que exigían democracia.

Desde entonces, ha seguido criticando las convenciones políticas y artísticas de la vida mexicana. «La crítica —ha escrito— es lo que la imaginación ha aprendido en su segunda vuelta. Después de haberse curado de la fantasía, es una imaginación que ha decidido enfrentar la realidad del mundo».

En nuestra segunda y última visita a Paz, desviamos la discusión hacia su trabajo reciente.

En 1993, escribió un libro extraordinario: *La llama doble*, que es un relato enciclopédico de la correlación entre el sexo, el erotismo y el amor en las obras de Platón, los poetas medievales de Provenza y Japón, Gustave Flaubert, James Joyce, el Marqués de Sade y Sigmund Freud. «Este libro sobre la India», explicó Paz en referencia a *Vishumbres de la India*, recientemente terminado, «así como *La llama doble*, los escribí bastante tarde en mi vida; pero ambos son libros que hubiera querido escribir hace muchos años. Poco a poco estoy saldando las deudas contraídas conmigo mismo con un retraso de por lo menos 20 años».

Queríamos saber más acerca de su larga reflexión sobre el amor, tema siempre presente en su vida.

«Nunca estamos solos», contestó como si diera respuesta a las ansiedades del niño y las preguntas del hombre joven que alguna vez fue. «Siempre estamos con el otro, alguien que pertenece al mismo mundo pero es diferente, y ésta es la esencia de, quizá, el secreto de la atracción...

»El amor es parte de la vida humana. En el mundo animal existen pasiones sexuales. Pero la cultura ha invitado a un nuevo dominio: aquel tipo de relación que llamamos amor. El amor es un invento de los hombres...

»Todas las sociedades han conocido el amor, algunas incluso han reflexionado sobre el amor: la India, China, Japón. Provenza... Toda la literatura de la civilización occidental es acerca del amor o acerca del poder... El amor pertenece al reino de la libertad, el amor es uno de aquellos momentos en que los hombres pueden alcanzar la libertad; no siempre, sino por un momento, por un instante de reciprocidad».

La entrevista llegaba a su fin. Teníamos que correr al aeropuerto a tomar un avión, y Marie-José entró a la biblioteca. Quería saber cómo nos iba. Paz la miró con la misma pasión que le ha profesado durante los últimos 30 años. Mientras nos preparábamos para decir adiós, vimos su cara feliz. Nos había dicho que era un hombre feliz, simplemente porque «Marie-José existe: eso es todo».

---

## PALABRAS COMO SEMILLAS\*

por Héctor Tajonar

El hombre actual debe recordar  
que está hecho de tiempo.

OCTAVIO PAZ

—El Fondo de Cultura Económica ha empezado a publicar en México sus obras completas. ¿Qué significa para un autor la publicación de sus obras completas?

—Una pregunta difícil. En primer lugar, lo más obvio: es una suerte de testamento, unas obras, unos escritos que se dejan a un legatario no expreso, al contrario, a una comunidad dispersa; la comunidad de nuestra lengua y de nuestra patria, pero también esta comunidad es una comunidad sin rostro. Las obras completas son un testamento dirigido a una posteridad, y ¿qué es la posteridad? La posteridad es el tiempo, de modo que las obras son en cierto modo un desafío al tiempo, el tiempo es en realidad como el viento, el viento que corre por

\* *La Jornada* 21 y 22 de abril de 1998.

Esta conversación tuvo lugar en octubre de 1993. El texto fue revisado por el poeta.

las calles, dispersa las hojas, las revuelve, rompe muchas, otras las avienta, no se sabe adónde irán a parar y finalmente unas pocas, muy pocas, van a dar a las manos y a los ojos de un muchacho que se pone a leerlas, y ese muchacho tiene de pronto una cara, es nuestro lector futuro. Ese muchacho es la posteridad. No estoy pensando en muchos lectores, estoy pensando en unos pocos lectores. Creo que todos los escritores hemos soñado siempre con un lector, nuestro lector futuro, que es un poco nuestro hijo y un poco nuestro hermano y también nuestro padre, porque gracias a él vamos a volver a vivir. Así es que realmente publicar las obras completas, dije al principio que era como un testamento, creo que me equivoqué. Publicar unas obras completas se parece a sembrar; el sembrador va echando las semillas, cada escritor es un sembrador, un sembrador de palabras, de ideas, de imágenes; siembras en el tiempo y, claro, el cómplice es el viento, el viento que selecciona las obras y deja, de todo lo que escribimos, unas cuantas páginas. De modo que también publicar unas obras completas no es tanto un acto de osadía, de orgullo, sino más bien de humildad; escojan entre lo que he hecho lo que más les guste.

—Usted no quiere que le sobrevivan el recuerdo de su persona o de toda su obra, sino solamente unos cuantos poemas, ¿no es así?

—Exactamente. Yo siempre he pensado en algunos poetas que han dejado tres, cuatro, un solo poema. Eso es lo que cuenta. Además, yo creo que la obra es importante porque finalmente se disuelve. Uno escribe por necesidad, para expresarse, para comunicar algo que lleva dentro. Y también, claro, está la necesidad de expresarse; es una necesidad de comunión o, de un modo más

simple, de reconocimiento. Queremos comunicar algo que creemos que es único, casi no lo es realmente, porque queremos también que se nos reconozca. Así es que hay en este elemento de la literatura, en la acción de escribir, varios elementos: el deseo de expresarse, el deseo de comunicarse y también la obra bien hecha. Lo que uno quisiera es tener una obra bien hecha capaz de resistir al tiempo, capaz de luchar un poco contra la muerte. De modo que también en la literatura, aparte del deseo de comunión, aparte del deseo de expresión, hay también el deseo de inmortalidad. Todos los hombres tenemos deseo de inmortalidad. Por eso tenemos hijos, y por eso, decía Plantón, tenemos «hijos del alma». Es decir, escribimos, pintamos, descubrimos, hacemos política, en fin, una gran cantidad de actividades que los hombres hacemos para vencer a la muerte. Deseo de inmortalidad: hijos de alma o hijos de carne. Claro, nada de eso va a durar eternamente. Las obras de los hombres son perecederas. Esto hay que recordárselo mucho ahora a los hombres, a nuestros contemporáneos, que con frecuencia olvidan esto: que están hechos de tiempo. Pero no importa, yo creo que la voz de un poeta, cuando deja un solo poema o muchos poemas, no importa cuántos, esa voz se funde en el gran río anónimo de las voces. Es la historia, es la tradición. De modo que también publicar obras completas o un poema es, en cierto modo, deseo de fundirse a la gran tradición humana, a los hombres que hemos inventado el lenguaje y que con el lenguaje nos hemos enfrentado al tiempo.

—A lo largo de toda su obra, la creación poética ha estado unida a la reflexión sobre la poesía. Su más reciente ensayo acerca de la poesía en el mundo contemporáneo se titula *La otra voz*. ¿Cuál es esa otra voz?



—La otra voz es imposible de definir. A veces siento la tentación de decir que la otra voz es la que no le pertenece al escritor, la que no le pertenece al poeta. Puede ser la voz la historia, la voz de Dios, la voz de la musa. Yo diría que es la voz de la tradición. Es el elemento ajeno que interviene en la creación literaria, es lo inesperado y que tiene a veces el nombre de inspiración, las ocurrencias. Uno empieza a escribir y de pronto se le ocurre algo que desvía completamente el plan que uno se había trazado al comenzar. Esta desviación, esta ocurrencia, la llamamos inspiración y es algo que viene de fuera, no sabemos de dónde viene; viene de lo más remoto, viene del lenguaje mismo, pero también viene de lo más profundo de nosotros mismos y que tenemos, y cada mujer es muchos hombres y muchas mujeres, y dialogar con nosotros mismos, incluso vernos en el espejo, es siempre dialogar con otra persona que es al mismo tiempo nuestro yo y algo que no es nuestro y que, sin embargo, es nuestro. Es difícil explicarlo pero es la única manera que tengo de decirlo.

—Decía Baudelaire que la ruina universal no se va a manifestar en las instituciones políticas, sino en la ruina de las almas. ¿Ha llegado ese momento? ¿Cree usted que la poesía es un antídoto contra ello? ¿Cuál sería la función de la poesía en este fin de siglo?

—Yo creo que la poesía desde hace cerca de un siglo, justamente más o menos en la época de Baudelaire, entra en las catacumbas, entra en el subsuelo. Antes la poesía estaba en la superficie de la sociedad, de pronto entra en el subsuelo; esto que puede ser malo en apariencia, en realidad está bien, porque yo creo que las semillas también entran en el subsuelo y después reaparecen en forma de plantas, de tallos, de frutos, de trigo,

de tantas cosas, de maíz. Así que la poesía está en el subsuelo, es una fuerza oculta, ha desaparecido casi totalmente de la vida pública. Los editores muchas veces se resisten a publicar poemas, prefieren otras formas literarias; la novela o el reportaje o los libros de viajes, todos géneros respetables; pero yo creo que la poesía tiene entre tantas limitaciones, una gran ventaja sobre las otras formas literarias: su forma. En primer lugar la poesía, moderna sobre todo, es reducida; no son muchas páginas, no son miles y miles de páginas. Un libro de poemas, por lo general es un libro pequeño formado por poemas y cada poema tiene una unidad; es como un fruto completo. Aparte de esto la poesía resiste más al tiempo. Voy a citar a un escritor que admiro muchísimo, a Marcel Proust. Es muy difícil leer dos veces en la vida a Marcel Proust, hay que tener mucho tiempo libre para leerlo; pero para leer un pequeño poema de Bécquer o de Baudelaire mismo, eso en un cuarto de hora se lee. De modo que lo que es importante es que en esta época de prisa, la poesía nos enseña que andar despacio es la mejor manera de llegar a tiempo.

—¿Son muchos los lectores de poesía o le basta a usted con la «inmensa minoría» de Juan Ramón Jiménez?

—No sabemos exactamente. Yo creo que se lee más poesía ahora que hace cien años porque hay más lectores, pero quizá la proporción sea menor. En esto de la lectura de poemas es muy paradójico que poetas que fueron muy populares en su época se lean muy poco ahora; en cambio, poetas minoritarios se lean mucho ahora. Vivimos obsesionados con la idea de la producción en masa, de las grandes ventas, el *best-seller*; pero el *best-seller* es una ilusión, estoy seguro que nadie, o muy pocos, pueden recordar quiénes fueron los *best-sellers* de hace vein-

te años o incluso del año pasado. Los *best-sellers* son producto de la cultura del consumo, de la civilización moderna y duran poco. Lo que distingue al hombre moderno, y que yo creo que es una de las grandes fallas de nuestra civilización de las civilizaciones antiguas, es ésta: los antiguos construían para durar, los modernos fabrican objetos para que sean consumidos rápidamente. Mi idea de la civilización es la contraria. Creo que lo mejor es crear, como decía el utopista Fourier, objetos perdurables que duran mucho tiempo y que sean casi perfectos. Ésa es la aspiración de cada poeta, crear un pequeño poema que dure mucho tiempo y que pueda pasar de mano en mano, de boca en boca sin alterarse y renovándose continuamente a través de sucesivas lecturas. Lo contrario de lo que ocurre ahora.

La poesía puede ser otra vez  
palabra hablada y oída, no sólo  
escrita.

OCTAVIO PAZ

La historia de nuestras letras es la historia de una desmesura. Vivimos una época que es fin de la modernidad, decía el poeta Octavio Paz.

—En su manifiesto poético «Los signos en rotación», dice usted que la historia de la poesía moderna es la de una desmesura. ¿Por qué?

—Comenzó con una desmesura, comenzó con los grandes románticos. Para mí la poesía moderna comienza a principios del siglo pasado; es decir que estamos al final de un movimiento poético y literario que se inicia con el romanticismo. La empresa fue desmesurada porque, desde la palabra misma, cuando hablamos de ro-

manticismo, estamos expresando una actitud ante la vida en la cual el yo es muy importante y al mismo tiempo se rompe con la tradición, con la estética del pasado, de los artistas barrocos o de los artistas clásicos del renacimiento. Esta tradición fue siempre la imitación de los antiguos —seguían a Aristóteles—, o la imitación de la naturaleza. Los modernos, a partir de los románticos, creemos que debemos romper con la tradición, comenzar algo absolutamente nuevo. Esta sucesión de rupturas y revoluciones empieza con los románticos y termina en nuestro siglo. Yo creo que estamos al final de este gran periodo y los escritores de mi generación, en cierto modo, somos quizá los últimos representantes de estos movimientos sucesivos de ruptura y de reanudación; en cierto modo, de lazos con la tradición, de invención de nuevas tradiciones. Por ejemplo, en el arte moderno, los poetas y también los pintores, los artistas, los músicos, se han nutrido no solamente de la tradición occidental, sino de otras tradiciones ajenas a occidente: las de oriente, las de África; los cubistas que se inspiraron en el arte de las máscaras, en el arte negro; los artistas mexicanos que se inspiraron en el arte precolombino. De modo que ha habido una suerte de rupturas sucesivas de la tradición, en ese sentido me parece que el arte moderno y la poesía especialmente, han sido una desmesura, y que la historia de esta literatura nuestra es la historia de una desmesura.

### **Esencial, la noción de progreso**

—¿Seguimos viviendo el fin de la tradición de la ruptura y la decadencia de la idea de arte moderno, como lo afirma en *Los hijos del limo*?

—Sí, yo creo que vivimos en lo que ahora llaman, con una expresión muy inexacta, «posmodernidad». Yo fui uno de los primeros, y lo digo no por vanidad personal sino porque soy de lengua española, y lo que decimos los de lengua española, generalmente no es atendido por los otros. (Ortega y Gasset dijo muchas cosas importantes y que después otros repitieron, y muy pocas veces se le hizo justicia). Uno de los primeros en tratar el tema del fin del arte moderno, del fin de la tradición de la ruptura, como la llaman, como la llamé alguna vez, fui yo. Vivimos una época que es el fin de la modernidad, no solamente en materia de arte, en materia de costumbres, en materia de ideas; yo creo que el fin del comunismo, el fin de la aparición del pensamiento ecológico, nos muestra que vivimos otra época. Toda la época moderna vivió con el espejismo del cambio y del futuro. El sol de la novedad, desde el fin del siglo XVIII se llamó futuro de las revoluciones, futuro de la sociedad feliz, futuro de la evolución, etcétera, etcétera. En todo el pensamiento del siglo pasado y también de este siglo, aparece la noción del progreso como lo esencial y cuando hablamos de progreso, hablamos de futuro. Ahora nos interesa defender la naturaleza, justamente los ataques del llamado progreso, nos interesa sobre todo conservar la armonía, pensamos que la perfección quizá es inalcanzable, pero de todos modos la perfección no está en el futuro, sino en la armonía de nosotros mismos con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con la naturaleza; es decir esta idea de ruptura del pasado, de avance sin cesar, hacia un futuro quimérico, vive un ocaso, y por ello me parece que vivimos una época a la que es un poco superficial llamar posmoderna. Entramos en una nueva época que no sabemos cómo se va a llamar, y no sabemos cómo se va a llamar porque las civilizaciones nunca

saben cómo se llaman. Los griegos del siglo v no sabían que eran los griegos siglo v. Cuando un caballero medieval se despedía de su dama para ir a las Cruzadas, no le decía: «Querida, me voy a la primera cruzada o me voy a la última cruzada». De modo que todos éstos son nombres que la posteridad da a las épocas históricas. Nos bautizan en el momento de nuestro entierro, por eso no sabemos nuestro nombre verdadero. Le llamamos posmodernidad... Es una palabra hueca.

—Parte esencial de nuestra época es el avance tecnológico y parte de este avance se da en el ámbito de la comunicación. ¿Cree usted, como McLuhan, que los medios electrónicos acabarán con la lectura?

—Me parece muy difícil. Me parece muy difícil porque se acabarían más de seis mil años de civilización. El libro va a seguir siendo un instrumento fundamental e indispensable. Evidentemente la televisión va a tener, cada vez más, una influencia muy grande en nuestras vidas, pero todo depende de cómo usemos la televisión. La televisión no puede ser únicamente, ni debe ser únicamente, entretenimiento, información. Todo eso está muy bien, pero yo creo que la televisión puede también tener fines estéticos, artísticos y científicos muy distintos a los que ahora les damos. La falla actual no creo que esté tanto en la televisión, aunque son peligrosos algunos aspectos técnicos, como por ejemplo, la capacidad con que hay que reemplazar un programa por otro. A mi juicio lo verdaderamente peligroso es el uso que hacemos de la televisión. Hace mucho tiempo, cuando estaba en la India (después vine a México), pensé como McLuhan, que cada civilización tiene medios de comunicación apropiados, pero que sin embargo no siempre las

civilizaciones aprovechan bien sus medios de comunicación, como es el caso de la televisión actualmente.

## **La poesía es para oírla**

—Usted piensa que la televisión o el cine son compatibles con la poesía. De hecho tiene usted un proyecto aún no realizado de adaptar su poema *Blanco* al lenguaje audiovisual.

—Mire usted, entre los ensayos que he escrito en este libro sobre la poesía *Casa de la presencia* hay algunos ensayos, algunas reflexiones sobre la posibilidad de usar el cine o la televisión en materia de poesía. ¿Qué es lo que distingue a la poesía de las otras artes literarias? Por ejemplo de la novela, que es la hermana de la poesía. Lo que distingue a la poesía de la novela es que fundamentalmente la novela es literatura escrita. La poesía no hay que leerla, hay que oírla. Por eso es el arte más antiguo. Los hombres no sabían escribir pero decían poemas. Sabían rimar y sabían ritmar, que eso es la poesía. La aparición de estas nuevas técnicas de difusión de la palabra hablada, como son la radio, el cine y la televisión, implican que la poesía puede volver a su origen, es decir, a ser palabra hablada y oída y no únicamente como ahora, palabra escrita, palabra que usted lee. Esto es fundamental. Además, la televisión y el cine tienen una ventaja enorme, que en la imagen cinematográfica o en la otra aparece en primer lugar la imagen visual: un árbol, una nube, un triángulo, una esfera, cualquier forma que uno ve con los ojos.

»Después, tiene sonido. Y además pueden aparecer letras sobre la pantalla y entonces tenemos la combinación de la imagen visual del sonido y de la palabra hablada

y de la palabra escrita. Todo esto forma un poema. De forma que lo que nos hace falta es un buen día decidirnos; es un pequeño experimento, debemos empezar como siempre, el arte por las minorías y debemos comenzar a pensar en nuevas formas de uso de la poesía como palabra hablada y como palabra vista, como palabra convertida en imagen. Esto es a mi juicio una de las grandes posibilidades de la televisión que no han sido explotadas todavía.

—Recuerdo que durante su intervención en el Segundo Encuentro de la Comunicación, organizado por Televisa en 1979, hablaba usted de la especialización de públicos en la televisión. Existen ya canales de televisión abierta y de paga especializados en deportes, noticias y cultura; el videocasete, el videodisco, el video interactivo, etc. que han confirmado su idea.

—Yo creo que más adelante, cuando sea económicamente viable, así como tenemos ahora bibliotecas privadas y bibliotecas públicas, tendremos bibliotecas de cassetes y de formas en las cuales podamos recoger la literatura escrita, y sobre todo la poesía. Yo creo que la gran diferencia entre la novela y la poesía está en eso, en la palabra hablada, la palabra que se oye, por una parte y la palabra que se ve, que se lee. ¿Cultura del libro? Yo creo que no podemos renunciar a la cultura del libro. ¿Cultura de la imagen hablada? Tampoco podemos renunciar a ella. Yo creo que son formas complementarias.

—Gran parte de su vida la ha pasado usted en compañía de los libros, han sido fuente de inspiración, de reflexión y de vida. Hay un hermoso poema de Quevedo que cita en sus obras completas:



*Retirado en la paz de estos desiertos  
con pocos pero doctos libros juntos  
vivo en conversación con los difuntos  
y escucho con mis ojos a los muertos.*

¿Qué libros clave en su formación recuerda? En *Corriente alterna* cita dos: *Loco amor* de Breton y *El matrimonio del cielo y el infierno* de Blake.

—Sí, esos son libros muy importantes que leí cuando tenía veinticinco años o veinticuatro años, son libros más bien difíciles. Los libros de la infancia y los libros de la adolescencia fueron para mí fundamentales.

—Su tía Amalia tuvo que ver en ello, ¿no?

—Bueno, sí, en mi casa había una biblioteca. Por ejemplo a mí, entre los novelistas, Alexandre Dumas me gustó mucho. Leí *Los tres mosqueteros* y luego, *Veinte años después*, y cuando iba acabando *Veinte años después* me quedé muy desconsolado, me puse a llorar, casi. Dije, «y ahora que acabé esta novela, ¿qué voy a leer?». No sabía que había unas bibliotecas inmensas y que uno nunca acaba de leer. Así que leí también novelas de aventuras. *Robinson Crusoe* fue un libro de cabecera y claro, *Las mil noches y una noche* o *Las mil y una noches*, como usted quiera llamarlo. Pero esto lo leí no en las versiones eruditas que ahora conocemos, completas, yo lo leí en la vieja edición que circulaba y que era una versión para los niños, y éstas son imágenes que para mí continúan intactas. Aladino y su alfombra siguen flotando sobre el cielo de la Ciudad de México.

—Son los viajes a través de los libros.

—Viajes inmóviles. Viajes; hay muchas maneras de viajar. Hay los viajes que uno hace con la imaginación; son los mejores, los viajes que uno hace en su cuarto con

los ojos cerrados o entreabiertos. Hay los viajes que uno hace en avión, o en burro o a caballo. Yo hice un viaje a caballo cuando era adolescente, desde Chilpancingo hasta Tuxtla, que fue terrible; duró horas y horas y horas. Para mí fue una experiencia realmente inolvidable, llegué muerto de cansancio. Y hay los viajes en las páginas de los libros, son los mejores, quizá. De pronto hay aduanas —los idiomas— pero por fortuna si uno sabe dos o tres idiomas, entonces puede uno pasar las aduanas y conocer otras comarcas. Porque no es lo mismo leer un libro escrito en francés o en inglés en una traducción, que leerlo en lengua original. Las traducciones a veces son excelentes, pero otras son como fotografías borrosas.

—La traducción, otro de los temas sobre los que ha escrito. Para usted la traducción es creación, el libro traducido ya no es el mismo en la mayoría de los casos, ¿no es así?

—Nunca es el mismo libro. Las grandes traducciones son recreaciones. Lo mejor es la recreación. Piense usted lo que han significado los clásicos, los clásicos griegos y latinos para nosotros, para occidente desde hace siglos y siglos. Muchos han sido leídos en los originales, pero también en traducciones. Cada lengua tiene traducciones inolvidables de Virgilio o de Homero o de Ovidio y hemos vivido con esas traducciones. Lo mismo ocurre con los textos de la literatura oriental, esos son los clásicos que hemos descubierto después. Nuestros clásicos primero fueron los de Grecia y Roma, pero ahora también son los de las grandes obras literarias de China, Japón y del mundo árabe y de la India.

—Entre sus múltiples traducciones hay una célebre que quiero recordar ahora: Pessoa.

—Bueno, yo descubrí a Pessoa en París y lo descubrí por una comida, en una cena con unos amigos en París. Una de las personas, una amiga nuestra había hecho un viaje a Lisboa y había descubierto a este poeta, había hecho unas traducciones que me enseñó y me preguntó: «¿Usted conoce a Pessoa?». Yo no lo conocía. La ignorancia a veces de algo tan cercano a nosotros como la literatura portuguesa es terrible. Le pedí a la pintora Vieira Da Silva, que es una pintora admirable, los libros de Pessoa, y me prestó las obras completas. Empecé a leerlo y durante meses fue mi gran lectura. Tal fue mi fiebre, que decidí traducirlo, convertirme en uno de los heterónimos de Pessoa. No sé si usted recuerde la gran invención literaria y poética de Pessoa: crear, escribir, no lo que él llamaba, «con seudónimos», que es cuando el autor escribe con otro nombre, sino crear heterónimos, cuando el autor se desdobra en otro autor distinto. Yo fui un heterónimo de Pessoa. Al traducirlo, yo convertí a Pessoa en otro poeta, en otro Pessoa, que también en cierto modo era Pessoa, otra vez el doble, diríamos.

—Hay otra dualidad: sus traducciones casi siempre están acompañadas de un ensayo sobre el poeta que traduce, como en el caso de propio Pessoa, de Basho, de John Donne y de tantos otros.

—En el caso de Basho viajé como decía Basho a lomos de otro, porque yo no sabía japonés, entonces tuve que ayudarme de un amigo, Hayashiya, que me hacía versiones literales del japonés al español; yo las rehacía, él las volvía a corregir y todo esto después lo sometía a la aprobación de un amigo mío, Donald King, que es una

gran autoridad en literatura japonesa, la gran autoridad, yo creo en occidente, de la literatura japonesa, y él le dio al final su bendición a nuestra traducción.

—Además de los viajes a través de los libros, usted ha sido un gran viajero. Para mí hay cuatro viajes clave en su vida. El primero, a España en 1937, durante la Guerra Civil, cuando asistió al Congreso de Escritores Antifascistas. El segundo, a Estados Unidos de 1944 a 46, con la beca Guggenheim. El tercero, a París de 1943 a 52, en pleno auge del existencialismo, período durante el cual estrecha su amistad con André Breton. Y por último, el viaje a la India de 1962 a 1968.

—Bueno, se le olvidó uno, el primero y que fue para mí muy importante.

---

## ÍNDICE DE PINTURAS

<i>Autorretrato con gato</i> , 1995. Temple magro (pigmento en polvo con agua, con soporte de goma arábica) y hoja de plata sobre tela .....	7
<i>Toro echado</i> , 1978. Óleo y arena sobre tela .....	67

Ambas pinturas pertenecen a Francisco Toledo Juchitán, Oaxaca, 1940.

---

## ÍNDICE VOLUMEN I

BIO-BIBLIOGRAFÍA .....	10
POESÍA .....	18
A través .....	19
Acabar con todo .....	21
Adiós a la casa .....	23
Agua nocturna .....	25
Amor que te multiplicas .....	27
Antes del comienzo .....	28
Aquí .....	30
Árbol quieto entre nubes .....	31
Augurios .....	33
Bajo tu clara sombra .....	35
Cerro de la estrella .....	37
Certeza .....	39
Como quien oye llover .....	40
Como reina de barajas .....	42
Contra la noche sin cuerpo .....	44
Crepúsculos de la ciudad .....	46
Cuerpo a la vista .....	51

Deja que una vez más te nombre, tierra .....	53
Destino de poeta .....	54
Disparo .....	55
Dos cuerpos .....	57
El ausente .....	58
El cántaro roto .....	62
El desconocido .....	69
El mar, el mar y tú... .....	72
El mismo tiempo .....	73
El pájaro .....	79
El sediento .....	80
Elegía interrumpida .....	81
Entre irse y quedarse .....	84
Envío .....	85
Epitafio para un poeta .....	86
Escrito con tinta verde .....	87
Espejo .....	88
Felicidad en Herat .....	90
Frente al mar .....	93
Garabato .....	94
Hablo de la ciudad .....	95
Haikús .....	101
Hermandad .....	103
Hermosura que vuelve .....	104
Himachal Pradesch (3) .....	105
Himno entre ruinas .....	107
Jardín .....	110
Junio .....	111
La caída .....	112
La calle .....	114
La Dulcinea de Duchamp .....	115
La exclamación .....	116
La hora es transparente .....	117
Lámpara .....	118

La poesía .....	120
La rama .....	123
La sombra .....	124
La vida sencilla .....	126
Las palabras .....	128
Los novios .....	129
Los viejos .....	130
Madrugada .....	133
Manantial .....	134
Mariposa de obsidiana .....	137
Mar por la tarde .....	140
Más allá del amor .....	142
Mediodía .....	144
Misterio .....	145
Monólogo .....	146
Movimiento .....	147
Ni el cielo ni la tierra .....	149
Niña .....	151
No es más .....	152
Noche de verano .....	153
Nocturno .....	155
Nubes .....	156
Nuevo rostro .....	157
Olvido .....	158
Oráculo .....	160
Otoño .....	161
Otro libro de amor .....	163
Palabra .....	165
Palpar .....	167
Pasado en claro .....	168
Piedra de sol .....	181
Piedra de toque .....	201
Piedra nativa .....	203
Primavera a la vista .....	204



Primavera y muchacha .....	205
Refranes .....	207
Regreso.....	209
Relámpago en reposo.....	211
Relieves .....	212
Repeticiones .....	213
Retórica .....	215
Salamandra .....	216
Salvas .....	222
Semillas para un himno.....	223
Silencio.....	225
Soneto I .....	226
Soneto II.....	227
Soneto III .....	228
Tendida y desgarrada .....	229
Tiemble tu corazón.....	231
Toca mi piel .....	234
Todos los días descubro... ..	235
Tu nombre .....	237
Tus ojos.....	238
Un despertar .....	239
Ustica .....	241
Viento .....	243
Viento, agua, piedra.....	244
Visitas .....	245
1964 .....	246
TRADUCCIONES .....	248
CUENTOS .....	266
Mi vida con la ola .....	267
Dama huasteca .....	272
Maravillas de la voluntad.....	273

ENSAYOS .....	275
Bombay .....	276
El ritmo .....	288
La tradición del haikú .....	311
Máscaras mexicanas .....	332
Picasso: el cuerpo a cuerpo con la pintura .....	350
Todos Santos, Día de Muertos .....	361
Tres momentos de la literatura japonesa .....	381
<i>Índice de pinturas</i> .....	411

---

## ÍNDICE VOLUMEN III

Ensayos sobre el autor y su obra .....	9
“Adonde yo soy tú somos nosotros”, por Carlos	
Monsiváis .....	10
I .....	10
II. El sentido de la historia (La obra ensayística)	26
Lo que fue Octavio Paz para nosotros .....	36
Palabra comprometida, por José Pascual Buxó .....	36
Paz pasional, por Julio Ortega .....	37
El sentimiento crítico de la vida, por Josu Landa ....	39
El año 1914, por David Huerta .....	42
¿Cuál es el legado de Octavio Paz? .....	46
Jorge Fernández Granados .....	46
María Baranda .....	48
Christopher Domínguez .....	49
Luis Ignacio Helguera .....	51
Pedro Serrano .....	53
José Ricardo Chaves .....	54
Fabio Morábito .....	55
Myriam Moscona .....	56
Daniel Sada .....	57

Adolfo Castañón .....	58
Coral Bracho .....	59
Eduardo Hurtado .....	60
Manuel Ulacia .....	62
Marco Antonio Campos .....	63
Antonio Deltoro .....	64
Héctor Manjarrez .....	65
Alí Chumacero .....	67
Poemas .....	69
Despedida, por Carmen Boullosa .....	69
Con Palabras de Paz, por Juan Antonio Masoliver	
Ródenas .....	71
Presencia del agua, por Jorge Valdés Díaz-Vélez .....	72
Nacimiento, por Verónica Volkow .....	72
La creación de otro tiempo, por Eduardo Milán .....	74
El hombre y su obra, por Patricio Eufrazio Solano .....	79
Octavio Paz: El último intelectual mexicano	
por Soledad Loaeza .....	111
El antiestatismo de Octavio Paz .....	115
El mito del eterno retorno .....	121
Octavio Paz, el marginado de la intelligentsia ...	125
Réquiem por Octavio Paz, por Patricio Eufrazio .....	129
Octavio Paz: la palabra erguida, por Patricio Eufrazio	
Solano .....	133
La identidad de los contrarios .....	136
Poesía de soledad y poesía de comunión .....	141
<i>El arco y la lira</i> . Una poética ensayística .....	146
Propuesta poética esencial .....	149
El discurso de Octavio Paz ante el Ejército	
Zapatista de Liberación Nacional ¿Un sujeto	
cultural colonial?, por Luz Palomera Ugarte .....	154
Homenaje a Octavio Paz, por Margarita Schultz .....	169
Octavio Paz, identidad y lenguaje, por Andrés Gallardo	174

La imagen del Oriente en Octavio Paz, por Luis Pulido Ritter.....	199
La contribución de Octavio Paz al haiku, por Carlos Fleitas .....	219
Octavio Paz en su “laberinto”: en torno a <i>El laberinto de la soledad</i> medio siglo después, por Adolfo Sánchez Vázquez .....	223
El arco, la lira, la rosa. Octavio Paz y Jorge Luis Borges, por Marta Contreras .....	234
Octavio Paz y el ensayo metapolítico, por Francisco Gil Villegas M. ....	246
La libertad de Octavio Paz: el bosque parlante, por Miguel Ángel Rodríguez .....	256
Resumen .....	256
Kant: libertad y ética .....	264
Humboldt: el hombre y el Estado .....	265
Límites a las funciones y a los poderes del Estado: el liberalismo francés .....	270
Montesquieu: espíritu de libertad .....	272
Tocqueville: la profecía cumplida .....	274
La palabra rota: Paz y las reverberaciones poéticas del ensayo, por Israel Arroyo .....	281
Resumen .....	281
Pensamiento analógico: Paz y Canetti .....	287
Ensayo analógico: prosa que danza .....	292
Política para poetas, por Medardo Maldonado Monroy .....	299
Paz y Breton, un encuentro surrealista, por Guadalupe Nettel .....	308
El vértigo de los cuerpos en los primeros poemas de Octavio Paz, por Alberto Ruy-Sánchez .....	314
Naturaleza de la distancia: André Breton y Octavio Paz, por Alberto Ruy Sánchez .....	321
Apuntes para llegar a Octavio Paz, por Gerardo Ciancio .....	325
El hijo del limo .....	327

Un vestido y un fusil .....	329
El futbolito y la creación .....	332
El viento de las vírgenes .....	333
Un alto surtidor que el viento no arquea .....	335